

ANDRADE, OLEGARIO VÍCTOR (1839-1882)

POESÍAS

INDICE:

A LA MEMORIA DEL MALGRADO SACERDOTE DON GREGORIO M.

CÉSPEDES

A MI HIJA AGUSTINA EN SU CUMPLEAÑOS

A VÍCTOR HUGO

AL GENERAL ÁNGEL VICENTE PEÑALOZA

CANSANCIO (ANDRADE)

EL 11 DE SEPTIEMBRE

EL 8 DE OCTUBRE

EL 9 DE AGOSTO

EL ARPA PERDIDA

EL ASTRO ERRANTE

EL BANQUILLO

EL CONSEJO MATERNAL

EL CREPÚSCULO

EL FERROCARRIL

EL LAUREL (ANDRADE)

EL NIDO DE CÓNDORES

EL ORTO

EL PORVENIR

EN LA MUERTE DE MI CONDISCÍPULO Y AMIGO DON BENITO MARICHAL

LA ATLÁNTIDA

LA CREACIÓN (ANDRADE)

LA FLOR DE MI ESPERANZA (ANDRADE)

LA LIBERTAD Y LA AMÉRICA

LA MUJER (ANDRADE)

LA VUELTA AL HOGAR

LAS FLORES DEL GUAYACÁN

LAS IDEAS

LOS POLLITOS

MI PATRIA

NUESTRA MISIÓN

PAYSANDÚ

RELIGIÓN

SAN MARTÍN

STELLA

A LA MEMORIA DEL MALOGRADO SACERDOTE DON GREGORIO M.
CÉSPEDES

El 11 de Septiembre

A BUENOS AIRES

(En el álbum de un proscrito)

Buenos Aires, no es esa tu bandera.

La nación es su dueña verdadera.

A. E.

Gime, ciudad infeliz, sufre tu pena.

Tantos ultrajes vengará la historia,

Si arrastras humillada la cadena,

Yo estoy aquí para cantar tu gloria.

A...

¿No veis? El pampa errante con su carcax de cuero
cual cóndor en las alas de silbador pampero
sujeta condolido su indómito bridón.

Y al ¡ay! de tus guerreros, al bote de su lanza,
sucumbe Buenos Aires, tu gloria, tu pujanza,
cual árbol orgulloso que troncha el aquilón.

La cuna de los libres, la patria de Belgrano,
de Mayo el pueblo heroico, que con potente mano
trozara las cadenas de odiosa esclavitud,
y en montes y llanuras su grito sacrosanto
de independencia o muerte como sublime canto
sacara de un letargo la América del Sud.

Hoy rueda como rama que el ábrego arrebató,
bañando con su sangre las márgenes del Plata,
sufriendo de sus hijos la saña y ambición,
¿Qué mano misteriosa grabó sobre su frente
con lágrimas y sangre la marca repelente,
que cubren los girones del patrio pabellón?

Dejadme, delirando, sus glorias una a una,
cantar cuando derrame la palidenta luna
sus tibios resplandores, diadema de mi sien.
Y el eco de mi lira, mi acento de poeta
resuene majestuoso cual canto de profeta
que embriagan en el mundo los sueños del Edén.

Yo vi caer mi padre, yo vi caer mi hermano
rodando bajo el hacha de bárbaro tirano,
y un grito de venganza lanzó mi corazón.
Por esa Buenos Aires valientes sucumbieron,
por ella las pasiones mi pecho estremecieron
perdido en las llanuras que baña el Yaguarón.

Decidme si no puedo lanzar un anatema
de muerte y exterminio sobre el sangriento lema
que elevan esos hombres con ímpetu fatal ;
decidme si no pueden del niño los acentos
doblar como el terrible bramido de los vientos
de un círculo ambicioso la frente criminal.

¡Buenos Aires! decían los valientes
que cual olas de undosos torrentes
se lanzaban del íbero en pos,
y al pisar del león la melena
y al quebrar una férrea cadena
por su gloria rogaban a Dios.

¡Buenos Aires! grabaron sus huellas
de Ituzaingo en las márgenes bellas
levantando el azul pabellón.
Y las naves de Brown vencedoras
nos gritaban del Plata señoras :
¡Buenos Aires! bramando el cañón.

De Lavalle las huestes valientes
en Yerúa, San Cristóbal, Corrientes,
¡Buenos Aires! grabaron también ;
combatiendo con noble pujanza,
combatiendo sin sed de venganza
por llegar a ese mágico Edén.

Y después el guerrero entrerriano,
vencedor de sangriento tirano,
Buenos Aires, gritó, libertad;
basta, basta de sangre y de duelo,
ya está limpio el azul de tu cielo,
de la patria, proscripto, llegad.

Pero ¡ay! la ingratitud tendió sus alas
cubriendo, Buenos Aires, tus blasones,

y la ambición al desplegar sus galas
rodaron en el polvo tus pendones.

Rodaron cual las hojas que arrebató
la furia destructora del pampero
y el seno de rugiente catarata
se lleva de la muerte mensajero.

Perdón si el estertor de tu agonía
perturbo con mis trémulos cantares,
Buenos Aires, querida patria mía,
son ecos que revelan mis pesares.

Si al verte coronada de laureles
cantaba con orgullo tu destino,
hoy miro en esos falsos oropeles
la sangre que circunda tu camino.

Hoy miro del desierto en las llanuras
mil tribus con sus potros arrogantes
que marcan sus sangrientas herraduras,
pisando tus cimientos vacilantes.

Y no responde nadie a tu gemido,
y no consuela nadie tus dolores;
¿tus hijos dónde están, dónde se han ido?
Pregúntalo a ese círculo de horrores.

Pregunta por qué en playas extranjeras
mendigan una patria y un hogar,
por qué doblan sus frentes altaneras
la hiel de tus destinos al libar!

Pregúntalo a ese círculo de horrores
que mira tus desgracias con valor,
dormido en el perfume de las flores
con sueños de grandeza y esplendor.

Pregunta qué se han hecho los blasones
que pisoteó su loca vanidad;
pregunta dónde están esos pendones
que alzó proclamando Libertad.

En humo convertidas han volado
las tribus de la pampa al combatir,

y sólo en sus delirios te han dejado
las sombras de un oscuro porvenir.

Colegio del Uruguay, Septiembre 11 de 1856

EL 8 DE OCTUBRE

A mi distinguido amigo Isidoro de María

La libertad cumplió su profecía
Y su pendón se desplegó en los llanos,
Y allá en los montes la bandera impía
Se desplegó también de los tiranos.
-E. G.

I

Al encorvar el Plata
la gigantesca espalda
y al sacudir las hebras
de su espumosa crin,
cuando recoge el cielo
su brillantina gualda,
y ensangrentadas chispas
coronan el cénit;

Cuando la mente vuela
sobre flotante nube
y el huracán arrulla
con su potente voz,
envuelto en el incendio
que en espirales sube,
quisiera pensamientos
tan grandes como Dios,

Para cantar, henchido
de inspiración sublime,
de un pueblo de valientes
su inmenso porvenir;
para pulsar mi lira
que de entusiasmo gime
y a par de la tormenta
por los espacios ir.

¡De un pueblo de valientes!
que con pujante brío
cuando templó su pecho
la lumbre de un volcán,
como la voz del trueno
y el aquilón bravío
se derramó en el mundo
su aliento de titán.

Y contempló atrevido
rodar en sus llanuras
del fiero lusitano
la indómita altivez,
y como secas ramas
que caen de las alturas,
de un cetro los pedazos
cayeron a sus pies.

Bendita, sí, mil veces
la patria en que he nacido ;
sus glorias inmortales
poeta cantaré,
guardando su recuerdo
mi corazón herido,
como la luz incierta
de mi primera fe.

II

¡Libertad! ¡libertad! nombre sublime
que embriaga de entusiasmo el corazón,
cifra inmortal que el Hacedor imprime
como rayo de luz en la creación.

Sibila de los pueblos, esperanza
que soñara atrevido el pensamiento,
cuando a sondar su porvenir avanza
más allá del azul del firmamento.

Yo vi un pueblo gigante levantarse
como se alza en el Plata el huracán,
y lo vi en su delirio reclinarse
sobre las pardas crestas de un volcán.

Era mi patria; sacudió su frente
confundida en el humo del cañón,
y bajada su frente prepotente
pisando la melena de un león.

Después entre la bruma silenciosa
que lleva el viento en sus sonantes alas,
reclinando su frente esplendorosa
perdió sus lauros y ocultó sus galas.

Sólo sangre doquier mis ojos miran
y enlazado el incendio a la tormenta
mundos tras mundos a mi vista giran
que en rayos mil el aquilón revienta.

Gualeguaychú, Octubre 8 de 1857

EL BANQUILLO

(imitación de Victor Hugo)

EL HOMBRE

Bajo mi pie la tierra es de granito,
los arroyos de sólido cristal,
y la hervorosa sangre se congela
a los besos del ábrego glacial.
Árbol, gigante de cabeza cana,
que en la espesura gimes de dolor,
de cuyas hojas caen límpidas gotas,
llanto de tu aterido corazón:
voy a lanzar sobre tu frente el rayo,
el rayo de mi cólera mortal,
y a desgajar tus ramas amarillas
para encender la lumbre de mi hogar.

EL ARBOL

Tronco nacido de la tierra fría,
doy al mundo mi savia y mi calor,
es la hermosa misión que me dio el cielo ;
¡hiere, buen leñador!

EL HOMBRE

Árbol de fresca y perfumada sombra,
confidente del aura matinal.

a donde viene a preludiar sus trovas,
poeta de las selvas, el zorzal:
¿quieres servir en rústicas labores?
¿Quieres la esteva de mi arado ser
para abrir ancho surco en la llanura
donde germina la dorada mies?

EL ARBOL

¡Oh, sí! En la frente de la tierra inculta
mi reja la honda huella grabará,
como del genio en la cerviz altiva
arrugas deja el pensamiento audaz.
Y con el riego del sudor del hombre,
en vez de sangre de fraterna lid,
surja la dulce paz, de ojos de cielo,
la espiga de oro y la robusta vid.
Yo sufriré los golpes de tu brazo,
sin exhalar un grito de dolor:
santo heroísmo es el trabajo honrado.
¡Hiere, buen labrador!

EL HOMBRE

Árbol frondoso, a cuyo pie despliega
el arroyo su alfombra de cristal,
¿quieres ser el arcón de mi cabaña,
la sólida columna de mi hogar?

EL ARBOL

Yo que dí asilo al fugitivo ciervo,
al tigre hambriento, al áspid matador;
¿por qué no lo he de dar al hombre errante
y ser mudo testigo de su amor?
Hiere, buen carpintero, el tronco añoso
que no pudo tronchar el huracán;
venga el anciano, la mujer y el niño:
yo sostendré la choza paternal.

EL HOMBRE

Quiero cruzar el piélago profundo,
nuevo horizonte a mis afanes dar,
otra brisa, otro cielo y otro mundo
me esperan en la vasta inmensidad,
Te arrastraré hasta la húmeda ribera
que acarician las olas en tropel;
diré adiós al hogar y a la familia,
y el mástil tú serás de mi bajel.

EL ARBOL

Un ave que durmió sobre mis ramas,
fatigada de tanto caminar,
me dijo que venía de otros climas,
donde la primavera es inmortal!
Y un ave pasajera vino un día
en mi más alta rama a descansar;
le hablé con el lenguaje de las hojas,
y me contó su viaje por el mar.
De la esposa del sol me dijo que era
el ondulante ceñidor azul,
en que las olas son las blancas perlas,
y las espumas el liviano tul.
¡Cuántas veces miré el águila errante
navegando entre mares de arbol!
¡Hierre, buen calafate, que ambiciono
otro mundo, otro cielo y otro sol!

EL HOMBRE

Derribaré tu corpulento tronco,
y el poste del patíbulo será,
donde implacable la justicia humana
se alce sobre sangriento pedestal.

EL ARBOL

¡El poste del patíbulo! ... ¡Silencio! ...
¡Aparta, aparta el hacha, hombre feroz!
Se estremecen mis hojas a tu acento,
yo no nací para insultar a Dios!
De mis ramas colgó su nido el ave ;
fruto maduro al hombre regalé;
le di sombra en las horas del estío,
cuando apagaba el manantial su sed.
¿Por qué queréis colgar frutos de muerte,
despojos de la víctima infeliz?
¡Que antes consuma mi ramaje el rayo,
o el huracán me arranque de raíz!
Al árbol misterioso de la selva,
con quien el viento habla en baja voz,
¿queréis confiar secretos de venganzas
terribles cual la cólera de Dios?

EL CONSEJO MATERNAL

Ven para acá, me dijo dulcemente
mi madre cierto día,
(aún me parece que escucho en el ambiente
de su voz la celeste melodía).

Ven y dime qué causas tan extrañas
te arrancan esa lágrima, hijo mío,
que cuelga de tus trémulas pestañas
como gota cuajada de rocío.

Tú tienes una pena y me la ocultas:
¿no sabes que la madre más sencilla
sabe leer en el alma de sus hijos
como tú en la cartilla?

¿Quieres que te adivine lo que sientes?
Ven para acá, pilluelo,
que con un par de besos en la frente
disiparé las nubes de tu cielo.

Yo prorrumpí a llorar. Nada, le dije,
las causa de mis lágrimas ignoro;
pero de vez en cuando se me oprime
el corazón, y ¡lloro!...

Ella inclinó la frente pensativa,
se turbó su pupila,
y enjugando sus ojos y los míos,
me dijo más tranquila:

Llama siempre a tu madre cuando sufras
que vendrá muerta o viva:
si está en el mundo a compartir tus penas,
y si no, a consolarte desde arriba.

Y lo hago así cuando la suerte ruda
como hoy perturba de mi hogar la calma,
invoco el nombre de mi madre amada,
¡y entonces siento que se ensancha mi alma!

EL CREPÚSCULO

(Traducción de VÍCTOR HUGO)

Gime la fuente y fúnebre sudario
envuelve el horizonte;
mudo se extiende tras el alto monte
el valle solitario;
siniestros y tranquilos
alzan sus ramas lúgubres los tilos.
¿No veis al través de ellos
brillar de amor la estrella vespertina,
y jugar sus pálidos destellos
en la cumbre de la árida colina ?

Vosotros que adornados de guirnaldas
pasáis entre las sombras suspirando,
¿sois amantes felices?
Brillan en las tinieblas sueltas faldas,
despiértase la hierba y rumor blando
melancólico zumba;
fresca y lozana hierba, ¿qué le dices
a la callada tumba?

¡Amad! dice la hierba, amad, la fosa ;
¡amad! ¡vivid un día!
Triste es la sombra, y fría
la altivez del ciprés de negros ramos.
La mejilla de rosa
busca el labio de fuego;
el amor y la luz nacen hermanos.
Amad, que ya el crepúsculo se acerca;
¡amad! mientras nosotros meditamos.

Dios encendió de la pasión la llama,
al mundo celos da nuestra ventura.
¡Oh! amantes que pasáis bajo los tilos
alegres y tranquilos,
todo el amor que en vuestro pecho queda
se convierte en plegaria santa y pura
cuando feroz la muerte nos arrastra
hacia, la tumba oscura!

El seco polvo que el sepulcro encierra
beldad fué ayer y aun el amor lo abrasa.
Las brisas turbulentas de la tierra,
de la hierba los vástagos agitan ;
el soplo de Dios pasa,
y tumbas y cadáveres palpitan!

De la humilde morada campesina
envuelve el pardo techo la neblina,
suenan en el valle que pesado huella
del segador cansado el paso lento,
y, flor de luz, la esplendorosa estrella
su radiante fulgor puro destella
en el cristal azul del firmamento!
¡Gozad, reíd! mañana será tarde,
¡es la estación de amor! se esconden rojas
las tiernas fresas en las verdes hojas,
y el ángel pensativo de la tarde,
a merced de los vientos desatados,
va indeciso y recoge confundidos
la oración de los labios apagados
y el beso de los labios encendidos!

EL FERROCARRIL

Lanzó a los vientos su pendón de fuego,
rasgó los aires su silbido agudo;
su aliento de humo es el fecundo riego
que anima el seno del desierto mudo

¡Miradlo!... Va tragando las distancias,
parece apenas que la tierra toca,
y devorado por febriles ansias,
nubes vomita por su ardiente boca.

¡Miradlo!... Es el guerrero del presente
el genio armado de la nueva idea
la ley del porvenir brilla en su frente
y su penacho de vapor ondea.

¡Miradlo!... Es el centauro del progreso,
es el audaz conquistador moderno.
¡Está de sangre su pendón ileso,
su gloria brilla con fulgor eterno!

¡La barbarie se esconde amedrentada
al divisar su enseña brilladora,
como las sombras de la noche alada
al centellear un rayo de la aurora!

Los tiempos del futuro, que dormitan

del desierto en las vírgenes entrañas,
a su acento despiertan y palpitan,
cual palpita el volcán en las montañas.

¡Es del progreso la primera aurora
que irradia en esta tierra bendecida,
en esta tierra, siempre vencedora,
en esta tierra, hidrópica de vida!

¡Es el acento de la audacia humana
que crece, se duplica, se agiganta;
que pone de la vida en la mañana
las alas del relámpago a su planta!

EL LAUREL (ANDRADE)

En el álbum de mi madre

Siempre ¡patria! repites, madre mía,
¡cuánto quema la arena del Brasil!
Siempre lloras, y en cruel melancolía
caen las hojas de un mágico pensil.

Siempre os miro del sol en el ocaso
contemplando su pálido fulgor;
siempre os miro siguiendo paso a paso
del crepúsculo incierto el resplandor.

Dime, dime: ¿en la patria idolatrada
se conoce la palma y el laurel?
Dime, madre querida, desgraciada:
¿tiene flores tan mágico vergel?

¿Hay un templo magnífico de gloria
do se premia sublime inspiración?
¿Y en las páginas bellas de su historia
no figura mi ardiente corazón?

Dime pronto: ¿los versos del poeta,
sus ensueños, espléndidos de paz,
no merecen del vulgo que lo reta
ni un aplauso entre el céfiro fugaz?

Mas tú a nada respondes, madre mía,
cuando te habla tu niño trovador;
siempre, siempre tu frente está sombría:
¿que no hay sueños de gloria y esplendor?

¿Que no sientes cual siento la esperanza
con sus alas de púrpura y zafir,
señalarme flotando en lontananza
ya cercano, risueño porvenir?

Es un ángel que vuela vagoroso
desprendido del trono del Señor;
¡oh! me dice su acento misterioso
que seré de mi patria trovador.

¡Es tan bello soñar, es tan hermoso
deslizarse en un mundo de oropel,
que no miro su abismo tenebroso
si me duermo a la sombra de un laurel!

Yo quisiera ser grande: hay en mi alma
tanto sueño de gloria y ambición,
que ya miro en mis manos una palma
con que premia ese mundo mi canción.

Hay un Dios, madre mía, que se asienta
sereno de los mundos al vaivén,
lo circunda el incendio y la tormenta
y a su voz de titán cayó Salem.

Su manto es el azul firmamento,
dorado por los rayos de mil soles,
do sube mi atrevido pensamiento
perdido en sus variados arreboles.

Son perlas de su rica cabellera
los astros al rodar en el espacio,
y el eco de su voz en su carrera
suspende sus cimientos de topacio.

Y es débil pedestal para su planta
la tierra con sus llanos y montañas;
¡gusano que del polvo se levanta
llevando destrucción en sus entrañas!

Yo, dormido a la sombra de un abismo,
sumiso me doblego a su poder,
y el mundo, con su frío escepticismo,
se burla de mi negro padecer.

Dejad que en el silencio de la noche,
cuando el césped se agite murmurando
y abra la flor su perfumado broche,
vayan las horas del dolor pasando.

Dejad que pase el roedor martirio
que agita el alma en convulsión violenta,
como en el seno de aromado lirio
polvo y humo que arroja la tormenta.

Mirad, mirad, la brisa, de las dormidas flores
los cálices agita con trémulo rumor;
la luna se levanta velada entre vapores,
bañando la floresta su pálido fulgor.

¡Qué noche tan hermosa! la luz de mil estrellas,
el céfiro riente, las olas de la mar,
suspiros armoniosos, imágenes tan bellas
dejadme un solo instante, dejadme contemplar.

Pasaron esas horas de penas y martirio
que baten nuestros sueños y agostan la ilusión;
pasaron, y en el seno del aromado lirio
los mágicos perfumes no seca el aquilón.

Del plátano agitado las hojas temblorosas
sospiran, madre mía, cual lira de marfil.
y el aura que despliega sus alas bulliciosas
murmura estremeciendo las flores del pensil.

¡Qué noche tan hermosa! no llores, madre mía ;
dirige tus miradas al célico dosel,
tai vez será fantasma de ardiente fantasía,
mas miro columpiarse las ramas de un laurel.

Corramos, que se dobla con lánguido desmayo
y agita la esperanza sus alas de zafir,
la luna lo ilumina con su argentino rayo,
y al verlo no hay recuerdos, se calma mi sufrir.

¡Cuan verde, madre mía! Si quieres a su sombra
del mundo en el desierto podemos descansar,
de trébol y de flores en la mullida alfombra
venid por nuestra patria, que lloras, a rogar.

Venid, y conversemos del Andes y sus grietas,
del cóndor atrevido que busca el vendaval,
del Plata majestuoso que cantan los poetas
con dulce melodía, con eco celestial.

Mi hermano está en la cuna, dejadle que sonría
con ángeles que agitan sus alas en tropel ;
nosotros, alejando la cruel melancolía,
soñemos a la sombra de mágico laurel.

Diciembre de 1856

EL ORTO

(Imitación de Longfellow)

Surgió del hondo mar adormecido
un viento vagabundo,
diciendo a las tinieblas : ¡Recogeos,
que ya despierta el mundo!

Pasó sobre los buques que veleros
rompen la onda sonora
gritándoles: ¡arriba, marineros,
que ya viene la aurora!

Se internó por la selva oscura y fría
poblada de visiones,
¡despertad! — murmurando, — ¡viene el día
germinador de frutos y pasiones!

A los añosos troncos de ancha copa
y gigantesca talla:
"De verdes hojas desplegad al aire
el pendón de batalla!"

Al ave que dormita en la espesura
el ala entumecida:

"Batid el vuelo, que se acerca el alba,
el ave de la vida!"

Al gallo vigilante de la choza
perdida en la llanura:
"Cantad, cantad que avanza el enemigo
de la tiniebla obscura!"

A la espiga del campo doblegada
al peso de su grano:
"La aurora, vuestra hermana, se levanta
tras el monte lejano!"

Al viejo campanario de la aldea
con lengua de metal: "Cantad el día"
y a los muertos del triste cementerio :
"Dormid, dormid, no es tiempo todavía!"

EL PORVENIR

I

¡Visión del porvenir! Nube de gloria
que en el confín lejano te levantas,
que flotas como enseña de combate
y alumbras y perfumas como el alba.

¡Visión del porvenir! Dulce sirena,
que en el silencio de la noche cantas
los himnos de la mar, cuando despierta
estremecida en brazos de la playa.

¡Visión del porvenir! Pálida estrella,
hermana del misterio, que desatas
los rayos de la fe, gotas de vida
en los lóbregos senos de mi alma!

Tú que pasaste rápida a mi vista
en los alegres días de la infancia,
que enjugaste la lágrima de fuego
que surcaba mi rostro en la desgracia;

Tú que al lanzarme a la revuelta arena
me hablaste de la gloria y la esperanza,

y al caer en la lucha del destino
retemplaste mis fuerzas desmayadas;

Para subir a la empinada altura
ven a prestarme tus potentes alas,
aquellas alas con que el genio suele
trepar de Dios a la mansión sagrada!

Sopla el aliento de la fe en mi pecho,
para ascender a la áspera montaña,
para colgar el nido de mis sueños
en las arrugas de su frente calva.

Sopla el aliento de la fe en mi pecho,
donde otra vez relampagueó su llama ;
¡visión del porvenir! dame tu mano,
quiero seguir las huellas de tu planta.

II

Ya estoy sobre la cumbre solitaria,
la cumbre que soñé con loco anhelo;
ante este altar gigante de granito
 voy a alzar mi plegaria,
que en alas de huracán subirá al cielo ;
a cantar a la patria y a la gloria,
 a Dios y al infinito!
Y al compás del torrente que desciende
 con paso soberano,
a preludiar los salmos del profeta
que oirá el cóndor, mi hermano !

¡Ya estoy sobre la cumbre! Como ruedan
los ríos por las ásperas laderas,
lágrimas del abismo que recogen
en su seno temblando las praderas ;
veo rodar los años y los hombres,
que siguen como séquito de gloria,
rasgando los harapos de sus nombres
el ataúd gigante de la historia.
Allá van en vorágine espantosa
apóstatas, verdugos y tiranos;
la libertad, arcángel del futuro,
les marca con su espada luminosa;
 los pueblos soberanos

se lanzan a la arena,
teñida con la sangre de los bravos,
y forjan con fragmentos de cadena
el hierro vengador de los esclavos !

¡Allá van! Opresores de la tierra,
vencidos de la idea,
fantasmas de la noche, de la historia
que un nuevo sol clarea!
¡Se alejan! como nubes apiñadas
que arrastra el huracán sobre la esfera
cuando desata en la extensión vacía
su negra y polvorosa cabellera !

Apostatas, verdugos y tiranos
que hicieron al derecho ruda guerra,
van a dormir el sueño del olvido
envueltos en sus sábanas de tierra!
y la palabra viva,
el verbo de la fe republicana,
anunciará a los orbes
que asoma en el Oriente la mañana
de paz y libertad, y que terminan
las bárbaras peleas
y se abrazan las razas redimidas
sobre el sagrado altar de las ideas!

Un pueblo va adelante en el tumulto
de la cruzada audaz; un pueblo grande
a quien dió Dios la Pampa por alfombra
y por dosel el Ande!
Espejo son de su gigante talla
los ríos como mares,
y marcos del cristal de sus corrientes
las frondas de las selvas seculares!

Brilla en su frente el sello prodigioso
de la elección de Dios; tiene en su seno
el afán infinito del progreso,
el amor del ideal, la fe del bueno!

Infatigable avanza,
en pos de sus destinos soberanos,
viajero de inmortales esperanzas,
da a los pueblos el ósculo de alianza,
y los saluda en el derecho hermanos!

No hay freno a sus antojos
ni valla a su ambición; ámbito inmenso
descorre el porvenir ante sus ojos;
le da la gloria embriagador incienso,
y postrados de hinojos
los déspotas del mundo ante su planta
reniegan del pasado,
y en vez de maldecirlos, los levanta
por la fe y el amor transfigurados.

¡ Es mi patria ! ¡ mi patria ! Yo la veo
a vanguardia de un mundo redimido,
de un mundo por tres siglos amarrado,
que cual bajel en mar desconocido
rompiendo las cadenas del pasado,
se lanza con audacia,
cargado de celestes esperanzas,
al puerto de la santa democracia !

Es su bandera aquella que flamea
en las rocas del Cabo seculares,
la que lleva a una raza esclavizada
la luz de libertad de sus altares;
la que preside el colosal concierto
de la conciencia humana emancipada
mientras rueda a sus pies el tronco yerto
del fanatismo vil, que en hora impía
la mantuvo en sus brazos sofocada!

III

¡ Visión del porvenir ! ¡ Débil mi acento
cantar no puede lo que siente el alma !
¡ Yo soy el ave que a gemir se atreve
entre la ronca voz de la borrasca !

¡ Dios solo sabe si podré algún día
trepar las cumbres y pulsar el arpa !
¡ Me falta voz, pero me sobra aliento,
¡ Oh ! ¡ quién tuviera tus potentes alas !

EN LA MUERTE DE MI CONDÍSCIPULO Y AMIGO DON BENITO MARICHAL

También sobre la tumba que cubre tus cenizas
resuenen, pobre amigo, los ecos de mi voz,
y lejos del bullicio de mundanales risas
llorando te dirijo mi postrimer adiós.

También, querido amigo, mis trémulos acentos
agiten temblorosos las flores de tu sien,
y unidos al sublime gemido de los vientos
se lleven a los cielos mi súplica también.

Si ayer en el columpio de plácida esperanza
dormía delirando tu joven corazón,
hoy miras del destino la imagen de venganza
que ciñe tu existencia deí fúnebre crespón.

Hoy miras, pobre amigo, rodando en el espacio
cual hoja desprendida tu rauda juventud;
y acaso en las moradas del célico palacio
desprecies esos restos que encierra el ataúd.

Las lágrimas que vierto, doblando la rodilla,
son gotas de mi sangre que arroja el corazón,
son lágrimas de fuego que queman mi mejilla,
son besos de la muerte rodando a tu mansión.

¡Adiós, querido amigo! del piélago del mundo
las ondas altaneras batieron tu existir,
y al choque de su saña con golpe furibundo
cortaron de tus días el bello porvenir.

Feliz que de los hombres la mano temeraria,
quemando do se posa, tu frente no tocó ;
y el ángel que se lleva mi candida plegaria
con vuelo bullicioso tus sueños arrulló.

¡Feliz! En el silencio del féretro sombrío
del mundo las pasiones se vienen a estrellar;
y el hombre que se agita con loco desvarío
no puede de los muertos el sueño perturbar.

Adiós, amigo; de dolor profundo
recibe el canto que te da el poeta,
mientras perdido en el desierto mundo
se agita su alma en convulsión inquieta.

Adiós, amigo; que también yo siento
helado el pecho, el corazón inerte,
y en el delirio de fatal tormento
despierto con los cánticos de muerte.

¡Silencio! el eco de mundano ruido
se pierde aquí sobre la yerta losa ;
resuena sólo el funeral gemido,
desprendido del arpa misteriosa.

¡Dios justiciero! Impenetrable arcano
que el hombre nunca a comprender alcanza,
ven, y en mi pecho tu potente mano
ponga junto al dolor una esperanza.

Dadme fuerza y valor para que mire
de un amigo los restos terrenales,
y el hálito del ábrego respire
que apaga de la vida los fanales.

Y tú, querido amigo, que en la tumba
descansas para siempre, oye mi voz:
cuando el viento los árboles derrumba
siempre oirás resonar mi último "adiós".

Mi adiós, que cual gemido de agonía
la brisa perfumada llevará,
y en las alas de mística armonía,
se remonta hacia el trono de Jehová.

Descansa en esa tumba solitaria,
descansa en ese negro panteón,
que el eco de mi lira funeraria
perturba con el ¡ay! del corazón.

Descansa, pobre amigo: ya la muerte
con su manto de lava te cubrió,
y al golpe insano de su brazo fuerte,
tu débil existencia se quebró.

Yo, poeta, en el mundo peregrino
sigo siempre mis sueños de ambición;
ya estoy cerca del fin de mi camino,
ya se agita convulso el corazón.

.....
.....

¡Adiós, mi amigo, mi adorado amigo!
Descansa en paz en esa tumba fría,
que yo en el mundo tu amistad bendigo,
llena el alma de cruel melancolía.

¡Silencio! que la brisa murmura en la ribera,
las ondas agitando con fúnebre clamor;
y un eco misterioso repite por doquiera
fatídicos acentos que mueven mi dolor.

Los gritos aterrantes de un pueblo condolido
se lleva por los aires el céfiro veloz,
y un canto de ternura cual lúgubre gemido
se eleva hasta el alcázar magnífico de Dios.

¡Ha muerto! todos dicen ; el pérfido elemento
robó las esperanzas de un bello porvenir,
cual flores arrastradas al ímpetu del viento,
que pierden su belleza, su mágico vivir.

¡Ha muerto! cuando apenas su frente levantaba
mecido por los sueños de paz y de virtud;
¡ha muerto! y a ese pueblo que tanto le adoraba
le ofrece un bello ejemplo su tierna juventud.

Dejad al pobre vate que, trémulo, la lira
pulsando en el momento levante su cantar,
y el eco lastimero del pecho que suspira
consagre a ese virtuoso ministro del altar.

Y arroje en esa tumba que cubre sus despojos
diamelas y jazmines con hojas de ciprés,
que borren del sepulcro los ásperos abrojos,
naciendo blancas rosas, emblema de la fe.

Ceñid su frente con esas flores
que altivo el viento no marchitó ;
pues ya la luna con sus fulgores
bosques y llanos iluminó.

Mece la brisa del manso río
las blancas olas sin murmurar;
noches hermosas las del estío
para el que siente triste pesar!

Venid, amigos; todos unidos
alcen plegarias del corazón,
que si lo agitan fuertes latidos,
cede al impulso de una emoción.

Venid, amigos; con tierno llanto
bañemos todos ese ataúd ;
nadie suspire, calle mi llanto,
que es el asilo de la virtud.

Uruguay, Enero de 1856

A MI HIJA AGUSTINA EN SU CUMPLEAÑOS

Ardua montaña es la vida,
de misteriosa pendiente
en que a veces no se siente
lo que cuesta la subida
 tan soñada !
En la primera jornada
el impaciente viajero
halla más suave el sendero,
verde y florido el zarzal,
en cada soplo tina nota
y una perla en cada gota
del sonoro manantial.

Como un arpegio celeste
rueda en el aire liviano,
y los rumores del llano
forman la música agreste,
 la armonía,
de un mundo de poesía
que habitan bellas quimeras,
misteriosas mensajeras
de otra vida, de otro cielo,
do flota el alma serena
indiferente y ajena
a las miserias del suelo.

¡ Qué dulces son esas horas !
pero también ¡qué ligeras!
¡ Cuan risueñas las auroras !
Las brisas ¡cuan lisonjeras!

Una lira
es cada árbol que suspira
con languidez o ardimiento
bajo los soplos del viento,
el músico vagabundo
que en notas dulces o graves
canta el amor de las aves
o los destinos del mundo.

No entolda el alma tranquila
ni una nube, ni una pena;
negra o rubia es la melena,
limpia y clara la pupila.

¡ Edad breve !

Aun no ha caído la nieve
de los desengaños hondos,
que hasta los cabellos blondos
convierte en hilos de plata :
aun el cauce no se ha abierto
del llanto, que deja yerto
el corazón, y lo mata.

Ya vendrán, hija del alma,
ya vendrán, hija querida,
los nublados de la vida
que fingen mentida calma ;

ya vendrán

con su misterioso afán,
con su efervescencia ruda
las tormentas de la duda
que barren las ilusiones,
que destiñen los matices
y remueven las raíces
de la fe en los corazones.

Un año es un paso más
hacia la cumbre lejana
que llaman la dicha humana
y no se alcanza jamás;

hija mía,

larga y penosa es la vía,
de mil abismos surcada;
no hay arroyos, ni enramada,
a veces en el camino ;
sólo la virtud sustenta

y en las fatigas alienta
las fuerzas del peregrino.

¡La virtud! perfume santo
que los contagios aleja,
que hace dulce hasta la queja
y da hasta al dolor encanto.

Hija amada,
esa es la joya preciada,
el talismán prodigioso
que trueca el pesar en gozo,
que las querellas concilia,
que hace a la niña más bella,
y a la mujer una estrella
del altar de la familia !

A VÍCTOR HUGO

I

¡La negra selva por doquier! el viento
como inquieto lebré encadenado
aullando en la espesura!
¡La noche eterna por doquier! el cielo
como un mar congelado,
y el mar como una inmensa sepultura.
De tarde en tarde brilla,
de la aurora boreal el rayo frío,
y a su vislumbre pálida, los astros
que ruedan lentamente en el vacío,
enormes buques náufragos semejan,
que al ronco son del trueno,
van llevando sin rumbo
cadáveres de mundos en su seno!
Hay vida en la creación, vida embrionaria
pero embotada y fría. — Allá a lo lejos,
en la extensión inmensa y solitaria,
islas y continentes van surgiendo
de la muriente aurora a los reflejos,
como monstruos del mar que se dirigen
en confuso rebaño hacia la orilla;
y los montes lejanos,
gigantes de armaduras de granito,
parece que esperasen de rodilla,

el mandato de Dios, para lanzarse
a escalar la región del infinito!

II

Era la edad en que la densa noche
del polo sobre el mundo se extendía,
la noche de la calma aterradora,
en cuya soledad, lóbrega y fría
como raudal helado, dormitaba
la savia engendradora !
No hay noche sin mañana...
En el cielo, en la historia, dondequiera
la sombra es siempre efímera y liviana,
la nube, por más negra, pasajera;
y aquella noche al fin iba a rasgarse
como inmensa, flotante vestidura.
Preludios de gorjeos, ruidos de alas,
la alegría del nido en la espesura,
flotaron en la atmósfera ligera,
y antes de desplegar la luz sus galas
entonó un ave la canción primera!
Al eco de la insólita armonía
la tierra despertó. — La selva oscura
con ansia de volar, batió las ramas ;
misteriosa y extraña vocería
se alzó del mar en la siniestra hondura,
cual si ensayasen sus salvajes himnos
la borrasca y la tromba asoladora,
y de la informe larva del abismo,
mariposa de luz, surgió la aurora!

III

También la historia tiene
torvas noches de horror, como el Océano,
noches glaciales en que duerme todo:
la vida, el arte, el pensamiento humano.
También como en la selva primitiva
de mustias cicadeas,
la savia del espíritu dormita,
sin reventar en frutos, ni cuajarse
la flor de las ideas!

¡Qué lentas son las horas de la historia!
¡Qué largo y qué sombrío
el imperio del mal! — cuando parece
la conciencia pasmada,
profundo cráter de apagada escoria,
desierto cauce de agotado río,
y en la noche callada
no se oye más rumor que el de la orgía
o es áspero crujir de la cadena,
mientras del cielo en la extensión vacía
la ronca voz de los espantos truena!

IV

Tarda el amanecer, pero al fin llega,
¡oh mal! ¡no eres eterno!
Así como en la noche de la tierra,
profunda noche de aterido invierno,
el mundo despertó cuando en las ramas
de la selva dormida
el primer himno resonó del ave
que desplegaba el ala entumecida
presintiendo a la aurora:
Así la humanidad despierta inquieta
en la noche moral abrumadora
cuando surge el poeta,
ave también de vuelo soberano,
que en las horas sombrías,
canta al oído del linaje humano
ignotas armonías,
misteriosos acordes celestiales,
enseñando a los pueblos rezagados
el rumbo de las grandes travesías,
la senda de las cumbres inmortales.

V

Olvidada de Dios, Judá apuraba
la copa del placer. — En sus altares,
los ídolos extraños recibían
cobarde adoración. — No era la esposa
sencilla del Cantar de los cantares,
no era la Virgen de Israel, gallarda
como las palmas de Samir: ajada

la tez de rosa y ulcerado el pecho,
con inquietud febril se revolcaba
del vicio impuro en el candente lecho!

¡ Viento de corrupción ! viento de muerte
soplaba sobre el mundo. — Babilonia,
del deleite en los brazos reclinada,
ceñida la guirnalda, flaco el brazo
para blandir el hierro,
y a la orilla del Eufrates sentada,
a los pueblos vecinos daba cita
en las lúbricas danzas del Becerro
o a la sombra del mirto de Mylita!

El mundo iba a morir — como Bacante
ebria al compás de báquicas estrofas,
al son de besos, al rumor de orgías, —
cuando a las puertas del cerrado templo,
torvo y airado apareció Isaías!
Y tronó en los espacios vengadora
su voz, hondo murmullo
de rayos, fulminando
al crimen, a la guerra y al orgullo,
prediciendo a la plebe pecadora
largas horas de llanto, tras las cuales,
purificada y bella, surgiría
la ciudad del Señor; y a Babilonia,
a Babilonia la soberbia, el día
en que el Medo feroz, los vasos de oro
y las sedas de Persia, el arpa siria
con que encantaba al mundo,
las águilas do bronce, los jardines
aéreos, todo, todo,
iba a hollar insensible
de sus corceles bajo el casco inmundo!

VI

Dos razas batallaban
en campo estrecho con furor insano, —
la vieja raza de la historia, aquella
señora un tiempo del destino humano,
abuela de naciones;
la que templó sus armas
al sol de Arabia y abrevó en las ondas

del Indus y del Tigris sus legiones, —
y la raza nacida
del sol levante al ósculo de fuego,
que llevaba en la frente
la centella de luz del genio griego!
¿Cuál iba a sucumbir? La raza vieja
esclava del destino, mar volcado
do Tesalia en el valle sonriente,
avanzaba tenaz. — ¡Ya estaba mudo
de Maratón el bosque consagrado!
Ya no brillaba en el combate rudo
de Leónidas la diestra refulgente,
cuando la musa helena,
la musa de alas de águila de Esquilo,
hendió los aires y voló a la escena,
de la rapsodia enervador asilo,
y con voz que aun resuena
del mar Egeo en la sonora playa,
ceñida de laurel la sien divina,
al cadencioso son del ritmo jonio,
y entre el fragor de la feral batalla
lanzó el himno triunfal de Salamina!

VII

Ya Roma no era Roma, la que un día
encadenó a su paso la fortuna,
la Roma de los grandes caracteres, —
mudo el Foro, desierta la tribuna,
en sus plazas y circos no se oía
más que el rumor de esclavos y mujeres
en bulliciosa confusión danzando
al son lascivo de los himnos griegos,
o el palmotear de cortesana impura
del vil histrión en los obscenos juegos, —
ya Roma no era Roma. — No anidaban
del Aventino en la gloriosa cima,
emblema de una raza gigantea,
las águilas de Júpiter Tonante,
sino en mansa, blanquísima bandada,
las palomas de Venus Citerea!
Dormido estaba el rayo — como duerme
en el monte la lava rugidora
y en la cumbre el turbión. — Llegó la hora,
y el rayo despertó. — Vibró en la lira

de Juvenal, no en caprichoso alarde,
de dulce verso o de canción sonora,
de torpe mofa o de cobarde duda ;
sino implacable, acerbo, burilando
en carne viva la común afrenta.
Némesis vengadora, el duro azote
alzó sobre la sien calenturienta
de aquel rebaño humano,
y fué marcando con eterno mote,
a la falsa virtud, al crimen pálido,
al vulgo y al tirano!

VIII

Eclipse de la historia, la Edad Media,
¡crepúsculo sin día!
Pesaba sobre el mundo, como inmenso
torrente de tinieblas despeñado
del ancho cielo en la extensión vacía,
astro sin luz, el pensamiento, mustia
lámpara de un altar abandonado
que el cierzo helado azota,
al través de las sombras perseguía
de un prometido bien la luz remota!
Dante entonces, noctámbulo divino,
bajó del corazón al antro oscuro
a descifrar la letra del arcano,
la misteriosa cifra del futuro;
y con voz, ora triste y ora grave,
mezcla a veces de cántico y lamento,
dijo a la muchedumbre horrorizada:
"¡Quien sabe de dolor, todo lo sabe!"
Y de su siglo la conciencia helada,
se despertó a su acento!

IX

Siempre al cambiar de rumbo en el desierto
la caravana humana, halla un poeta
que espera en el dintel, alta la frente
coronada de pálidos luceros,
sacerdote y profeta,
para enseñarle el horizonte abierto
y bendecir los nuevos derroteros !

¡A tí te tocó en suerte, soberano
del canto! ¡Inmortal Hugo!
la más ruda jornada de la historia, —
Ya no es una nación que rompe el yugo
de la opresión, ni el canto de victoria
tras las horas durísimas de prueba —
¡Hoy es la humanidad que se emancipa!
¡Hoy es la humanidad que se renueva!

Todo lo tienes tú, la voz de trueno
del gran profeta hebreo,
fulminador de crímenes y tronos!
El grito fragoroso del que un día
encarnó, para ejemplo de los siglos,
la idea del derecho en Prometeo,
la cuerda de agrios tonos
de Juvenal, aquel Daniel latino,
tremendo justiciero de su siglo,
y el rumor de caverna, de los cantos
del viejo Gibelino!

¡Todo lo tienes tú! por eso el cielo
te dio tan vasto sin igual proscenio.
No hay notas que no vibren en tu lira,
espacios que no se abran a tu genio;
cantas al porvenir, y los que sufren,
esclavos de la fuerza o la mentira,
sienten abrirse a sus llorosos ojos
de la esperanza las azules puertas!
Apostrofas al tiempo y se levantan —
¡mágico evocador de edades muertas! —
como viviente, inmenso torbellino,
razas extintas, pueblos fenecidos,
fantasmas y vestiglos,
para contarte en misterioso idioma
la colosal "Leyenda de los Siglos!"

¡ Todo lo tienes tú ! todo lo fuiste :
profeta, precursor, mártir, proscrito, —
gigante en el dolor te levantaste
cuando en la noche lóbrega sentiste
temblar los mares, vacilar la tierra
con pavorosa conmoción extraña,
cual si un titán demente forcejease
por arrancar de cuajo una montaña. —

Era Francia, montaña en cuya cumbre
anida el genio humano,
la Francia de tu amor, que tambaleaba
herida por el hacha del germano,
y arrojando la lira en que cantabas
la "Canción de los Bosques y las calles"
fuiste a tocar llamada
de París sobre el muro ennegrecido
en el ronco clarín de Roncesvalles!

Desde aquí, teatro nuevo
que Dios destina al drama del futuro,
razas libres te admiran y se mezclan
al coro de tu gloria, —
Orfeo que bajaste
en busca de tu amante arrebatada;
la santa democracia,
a las más hondas simas de la Historia!
Desde aquí te contemplan
entre dos siglos batallando airado
y arrancando a la lira
la vibración del porvenir rasgado
o el triste acento de la edad que expira!
Y al través de los mares,
astro que bajas al ocaso, envuelto
en torrentes de llama brilladora, —
entonando tus cantos seculares
te saludan los hijos de la aurora!

AL GENERAL ÁNGEL VICENTE PEÑALOZA

¡Mártir del pueblo! tu gigante talla
Más grande y majestuosa se levanta
Que entre el solemne horror de la batalla,
Cuando de fierro la sangrienta valla
Servía de pedestal para tu planta.

¡Mártir del pueblo! víctima expiatoria
Inmolada en el ara de una idea,
te has dormido en los brazos de la historia
Con la inmortal diadema de la gloria
Que del genio un relámpago clarea.

¡Mártir del pueblo! apóstol del derecho,
Tu sangre es lluvia de fecundo riego,
y el postrimer aliento de tu pecho,
que era a la fe de tu creencia estrecho,
será más tarde un vendaval de fuego.

¡Mártir del pueblo! tu cadáver yerto,
Como el ombú que el huracán desgaja,
Tiene su tumba digna en el desierto,
Sus grandes armonías por concierto
Y el cielo de la patria por mortaja.

¿Qué importa que en las sombras de occidente,
Del desencanto el doloroso emblema,
Como una virgen, que morir se siente,
Incline el sol la enardecida frente,
De los mundos magnífica diadema?

¿Qué importa que se melle en las gargantas
El cuchillo del déspota porteño,
Y ponga de escabel, bajo sus plantas,
Del patriotismo las enseñanzas santas
Con que iba un héroe a perturbar su sueño?

¿Qué importa que sucumban los campeones
Y caigan los aceros de sus manos,
Si no muere la fe en sus corazones,
Y del pendón del libre, los jirones
Sirven para amarrar a los tiranos?

¿Qué importa, si esa sangre que gotea
En principio de vida se convierte,
Y el humo funeral de la pelea
Lleva sobre sus alas una idea
Que triunfa de la saña de la muerte?

¿Qué importa que la tierra dolorida
Solloce con las fuentes y las brisas,
Si no ha de ser eterna la partida,
Si con nuevo vigor, con nueva vida,
Más grande ha de brotar de sus cenizas?

¡Mártir! Al borde de la tumba helada
La gloria velará tu polvo inerte,
Y, al resplandor rojizo de tu espada,

Caerá de hinojos esa turba airada
Que disputa sus presas a la muerte.

Y cuando tiña el horizonte oscuro,
Del porvenir la llamarada inmensa
Y se desplome el carcomido muro,
Que tiembla como el álamo inseguro
Ante las nubes que el dolor condensa,

Entonces los proscritos, los hermanos,
Irán ante tu fosa, reverentes,
A orar a Dios, con suplicantes manos,
Para saber domar a los tiranos,
O morir como mueren los valientes.

CANTO AL PORVENIR DE LA RAZA LATINA EN AMERICA

¡Wake!
– Hamlet.

I

Cada vez que en la cumbre desolada
de la ardua cordillera,
y tras hondo angustioso paroxismo,
como caliente lágrima postrera,
brota de las entrañas del abismo
misterioso raudal, germen naciente
de turbio lago, caudaloso río,
ronca cascada o bramador torrente,
pardas nubes descienden a tejerle
caprichoso y movable cortinaje,
y abandonan los negros huracanes
sus lóbregas cavernas
para arrullar con cántico salvaje
su sueño, y en señal de regocijo,
sobre muros de nieves sempiternas,
desplegan, combatientes del vacío,
taciturnos guardianes
del infinito páramo sombrío,
sus flámulas de fuego los volcanes!

Raudales de la historia son las razas,
raudales que en la cuna
vela el misterio y con afán prolijo
la fábula, Nereida soñadora
que el verde junco con la yedra aduna,
como la dulce madre que despliega
sobre la tersa frente de su hijo
teñida por los rayos de la aurora
su manto, de amor ciega,
envuelve con fantásticos cendales!
Mientras se llena el mundo
de rumor de catástrofes. — En tanto,
con las alas abiertas,
cruza la tierra el ángel del espanto
y agita sus antorchas funerales
el incendio iracundo
sobre la tumba de las razas muertas!

Allá en el fondo obscuro
del valle que a las pies del Apenino
se extiende como alfombra de esmeralda
palenque misterioso del destino!
Do el Tíber serpentea
del monte Albano en la risueña falda, —
vago rumor se siente...
el rumor de una raza despertada
con el sello de Dios sobre la frente!
Y en el confín lejano
del mar, que muere en la desierta playa
del Asia envejecida,
con eterno lamento,
hondo clamor hasta los cielos sube,
que en son medroso, el viento
esparce por la tierra estremecida!

La raza que despierta
como enjambre irritado, en las sombrías
hondonadas del Lacio,
es la raza latina, destinada
a inaugurar la historia
y a abarcar el espacio
llevando por esclava a la victoria!
Y el clamor que resuena
de la alta noche en la quietud sagrada,
es el grito de Illión, que se desploma
como gigante estatua derribada,

astro que se hunde en tenebroso ocaso
cuando surge en Oriente el sol de Roma!

II

Raudal que al descender a la llanura
se torna en ancho río, —
aquella tribu obscura
en turbulento pueblo convertida
sintió dentro del seno
la inquietud de la ola comprimida,
el rumor interior, la voz de trueno
que emplaza a las naciones
a las gigantes luchas de la vida!
Y se lanzó impaciente
en pos de sus destinos inmortales,
dando al viento los bélicos pendones,
siniestras mensajeros del estrago,
y encendiendo en el negro promontorio,
para servir de faro a sus legiones,
la colosal hoguera de Cartago!

Nada detuvo el vuelo soberano
del águila latina —
la tierra despertó como de un sueño
al sentirla pasar. El Océano,
generoso corcel que el cuello inclina
cuando siente a su dueño,
rugió de gozo y le rindió homenaje, —
todo lo holló con planta vencedora:
la montaña y el páramo salvaje,
las misteriosas selvas seculares
en que al compás de místicas endechas
afilaba el germano taciturno
con siniestra ansiedad el haz de flechas;
y las negras pirámides distantes,
que a la luz del crepúsculo parecen
abandonadas tiendas de campaña
de una raza extinguida de gigantes!

Grecia le abrió los brazos, olvidada
de su antiguo esplendor. — La Iberia altiva,
como severa reina destronada,
dobló la frente ensangrentada al yugo,
mas no su corazón — eterna hoguera

en que la llama de Sagunto ardía
con rojizo fulgor. — La Galia fiera
lanzó a los aires resonante grito,
y el escudo de bronce hirió tres veces
sobre el dolmen maldito!
Pero cayó expirante en la contienda
para dormir el sueño del esclavo
de César en la tienda!
y el Cármata cruel, el Cretón bravo,
el escita ligero,
el sombrío, feroz escandinavo
que en las brumas polares
de otro mundo olfateaba el derrotero,
fueron a prosternarse en sus altares!

¡Largo su imperio fué! ¡Largo y fecundo!
el hacha del Lictor estuvo siglos
alzada sobre el mundo!
Cantó su origen inmortal, Virgilio,
sus desastres, Lucano,
mientras brillaba en el lejano Oriente
la luz primera del ideal Cristiano!
Y en brazos de los Césares dormía,
al rumor de los sáficos de Horario,
enervada y tranquila,
cuando sintió tronar en el espacio
el rudo casco del corcel de Atila!

¡Despertó, pero tarde! En vez del rayo
que en sus manos un día
viera la tierra atónita, llevaba
el áureo tirso, y en la mustia frente
la corona de yedra de la orgía!
Corrió al foro, llamando a sus legiones
dispersas y distantes,
y sólo contestaron los histriones
mezclados al tropel de las Bacantes!
Volvió al cielo los ojos, y en el fondo
del cielo, en sangre tinto,
creyó ver que cruzaban en silencio,
como un augurio aciago,
la sombra lastimera de Corinto
y el fantasma lloroso de Cartago!

¡Era tarde en verdad! El sol de Roma,
luz de la historia y esplendor del orbe,

del Aventino tras la obscura loma
y de la plebe trémula a los ojos
para siempre se hundió. — Rojo cometa
del horizonte en la desierta cumbre
apareció tras él, vibrando enojos —
nubes del Septentrión, vientos del polo,
sobre la tierra inquieta
esparcieron sus ráfagas de horrores. —
Sólo quedó de pie, soberbio atleta
vencido, no tumbado, — destacando
en las sombras el dorso giganteo,
como el genio de Roma en lucha eterna,
centinela de piedra, el Coliseo!

III

No perecen las razas porque caigan,
sin honor o sin gloria,
los pueblos que su espíritu alentaron
en hora venturosa o maldecida. —
Las razas son los ríos de la historia,
y eternamente fluye
el raudal misterioso de su vida !
El río que en otrora
turbulento y audaz cruzó la tierra,
ya por blandas y vírgenes llanuras
o por yermos de arena abrasadora
al soplo animador de la fortuna,
de su cauce alejado
fué a morir como lóbrega laguna
inmóvil y callado!
Pero el raudal ingente
de la ánfora sagrada, la corriente
inagotable y pura, despeñada
por ignoto sendero,
con rumor de torrente surgió un día
en la tierra encantada
del indómito ibero,
donde todo es amor, luz, armonía.
y el sol más bello, el aire más liviano,
y siempre altivo, desbordante y joven,
palpita y siente el corazón humano!

Así como al salir de su desmayo
la tierra estremecida

del sol primaveral al primer rayo,
parece que sintiera
en el aire, en el monte, en la pradera,
en ondas tibias circular la vida;
España despertó con fuerza nueva,
y unidas en eterno maridaje
la pasada romana fortaleza
y la savia salvaje
del hijo del Pirene, diestro en lides,
engendraron la raza destinada
a suceder a la cesárea estirpe,
la raza soberana de los Cides!

¡ Llenó el mundo su nombre ! — Las naciones,
del monte Calpe hasta el peñón marino
en que vela el britano,
creyeron que se alzaba en lontananza
la sombra augusta del poder latino,
que de nuevo volvía
a ser el dueño del destino humano!
Y España, como Roma, poseída
de vago afán, de misterioso anhelo,
soñaba con batallas, cuando un día,
al tender la mirada por el cielo
desde las altas cumbres de Granada,
vio surgir en lejanos horizontes
la Visión de la América encantada !

¡ Dos mundos sujetó bajo un imperio!
¡ Y dejó de su espíritu los rastros
en fecundas, espléndidas creaciones!
Como Ajax inmortal, retó a la tierra,
y ansioso de combates
fué a renovar en África prodigios
y hazañas de Escipiones;
pero también se derrumbó impotente,
no del potro del vándalo a las plantas
ni del cruel vencedor al ceño airado,
sino cuando cayó sobre su espíritu
la sombra enervadora del Papado!

IV

Mientras España duerme acurrucada
al pie de los altares,

calentando su espíritu aterido
en la hoguera infernal de Torquemada,
Francia recoge el cetro abandonado
de la historia y prepara
otra hoguera, a que arroja
con ánimo esforzado
fragmentos de Bastillas,
instituciones viejas, privilegios,
y de un vetusto trono las astillas —
hoguera a cuya lumbre soberana
va a forjar, como en fragua ciclópea,
su eterno cetro la razón humana!

Cuando llega la hora
de las grandes, fecundas convulsiones,
la hora en que al compás de las borrascas
se tumban o levantan las naciones —
Dios envía a la tierra los gigantes
del genio o de la espada,
cual si necesitase de almas fuertes
y músculos pujantes,
para no perecer en la jornada.
Así la Francia tuvo
en las horas más grandes de la historia
el genio de Voltaire para anunciarle
el tremendo, supremo cataclismo,
y el brazo poderoso
de Napoleón, el genio de la gloria,
para alzarla expirante del abismo!

La fuerza es en el mundo
astro de inmensa curva, que a su paso
deja como reguero de laureles,
fulgor de incendios, resplandor de soles,
pero astro que se pone en el ocaso
tras nubes de rojizos arreboles.
Brillante pero efímero; la espada
¡Brillante fué el imperio de la fuerza!
que sobre el mapa de la Europa absorta
trazó fronteras, suprimió desiertos
y que quizá de recibir cansada
el homenaje de los reyes vivos,
fué a demandar en el confín remoto
el homenaje de los reyes muertos, —
la espada de Austerlitz, la vieja espada
en los escombros de Moscou mellada,

ya no describe círculos gigantes
esparciendo el pavor de la derrota:
cayó en los campos de Sedán, sombríos,
ensangrentada y rota!

V

Anteos de la historia,
los pueblos que el espíritu y la sangre
llevan de aquella tribu aventurera
que encadenó a su carro la victoria,
ya los postre o abata,
la corrupción o la traición artera,
no mueren aunque caigan. — Así Roma
en su tumba de mármol se endereza
y renace en Italia, como planta
que el polvo de los siglos fecundiza.
Así España sacude la cabeza
tras largas horas de sopor profundo,
y arroja los fragmentos
de su pasada lápida mortuoria,
para anunciar al mundo
que no ha roto su pacto con la gloria!
Y Francia, la ancha herida
del pecho no cerrada,
en la sombra se agita cual si oyera
rumores de alborada!

VI

¡Soberbio mar engendrador de mundos!
¡Inquieto mar Atlante!
Que ora manso, ora horrible, en jiro eterno,
ya imitando el fragor de roncadas lides,
ya gritos de angustiadas multitudes
o gemidos de sombras lastimeras,
te vuelcas y sacudes
en la estrecha prisión de tus riberas!
¡Soberbio mar! de cuyo fondo un día
la colosal cabeza levantaron,
coronada de liquen y espadañas,
al ronco son de tempestad bravia
náufragos del abismo las montañas —
mientras el cielo en la extensión desierta

que eternas sombras por do quien velaban,
lanzaba el primer sol su rayo de oro,
inmensa flor de luz, recién abierta,
sobre la cual en armonioso coro
enjambres de planetas revolaban!

Tú eres el mismo mar que alzaste un día
bajo arcadas fantásticas de brumas,
al vaivén de las olas adormido
y envuelto dulcemente
en pañales de espumas,
jirones de la túnica de armiño
de tus playas bravias,
¡huérfano de la historia! un mundo niño. —
¡ Con cuánto amor velabas
su cuna, y qué sombrías
nieblas sobre tu frente desplegabas
para que el aire errante, el viento inquieto,
y el astro vagabundo
no fuesen a contarle tu secreto
a la codicia insana de otro mundo!

¡Con qué ansiedad te alzabas,
el labio mudo, palpitante el seno,
a interrogar el horizonte oscuro
de vagas sombras y rumores lleno,
cuando el alba indecisa aparecía
mensajera de Dios en el Oriente,
trayéndote perfumes de los cielos
para mojar tu frente !
¡Y qué grito salvaje,
mezcla de rabia y de pavor, lanzabas,
retorciendo los brazos,
cuando una vela errante aparecía,
y en la tarde, traía
bramando el oleaje,
de algún bajel deshecho los pedazos!

VII

¡ Siglos pasaron sobre el mundo, y siglos
guardaron el secreto!
Lo presintió Platón cuando sentado
en las rocas de Egina contemplaba
las sombras que en silencio descendían

a posarse en las cumbres del Himeto;
y el misterioso diálogo entablaba
con las olas inquietas
que a sus pies se arrastraban y gemían!
Adivinó su nombre, hija postrera
del tiempo, destinada
a celebrar las bodas del futuro
en sus campos de eterna primavera,
y la llamó la Atlántida soñada!

Pero Dios reservaba
la empresa ruda al genio renaciente
de la latina raza, domadora
de pueblos, combatiente
de las grandes batallas de la historia!
Y cuando fué la hora.
Colón apareció sobre la nave
del destino del mundo portadora, —
y la nave avanzó. Y el Océano,
huraño y turbulento,
lanzó al encuentro del bajel latino
los negros aquilones,
y a su frente rugiendo el torbellino
jinete en el relámpago sangriento!

Pero la nave fué, y el hondo arcano
cayó roto en pedazos
y despertó la Atlántida soñada
de un pobre visionario entre los brazos!

Era lo que buscaba
el genio inquieto de la vieja raza,
develador de tronos y coronas,
era lo que soñaba!
Ámbito y luz en apartadas zonas!
Helo armado otra vez, no ya arrastrando
el sangriento sudario del pasado
ni de negros recuerdos bajo el peso,
sino en pos de grandiosas ilusiones,
la libertad, la gloria y el progreso!

¡Nada le falta ya! lleva en el seno
el insondable afán del infinito,
y el infinito por do quier lo llama
de las montañas con el hondo grito
y de los mares con la voz de trueno!

Tiene el altar que Roma
quiso en vano construir con los escombros
del templo egipcio y la pagoda indiana,
altar en que profese eternamente
un culto sólo la conciencia humana !
Y el Andes, con sus gradas ciclópeas
con sus rojas antorchas de volcanes,
será el altar de fulgurantes velos
en que el himno inmortal de las ideas
la tierra entera elevará a los cielos!

VIII

¡Campo inmenso a su afán! Allá dormidas
bajo el arco triunfal de mil colores
del trópico esplendente,
las Antillas levantan la cabeza
de la naciente luz a los albores.
como bandadas de aves fugitivas
que arrullaron al mar con sus extrañas
canciones plañideras,
y que secan al sol las blancas alas
para emprender el vuelo a otras riberas!

¡Allá Méjico está! sobre dos mares
alzada cual granítica atalaya,
parece que aún espía
la castellana flota que se acerca
del golfo azteca a la arenosa playa !
Y más allá Colombia adormecida
del Tequendama al retemblar profundo,
Colombia la opulenta
que parece llevar en las entrañas
la inagotable juventud del mundo !

¡Salve, zona feliz! región querida
del almo sol que tus encantos ceta,
inmenso hogar de animación y vida,
cuna del gran Bolívar! ¡Venezuela!
Todo en tu suelo es grande,
los astros que te alumbran desde arriba
con eterno, sangriento centelleo,
el genio, el heroísmo,
volcán que hizo erupción con roneo estruendo
en la cumbre inmortal de San Mateo!

Tendida al pie del Ande,
viuda infeliz sobre entreabierto huesa,
yace la Roma de los Incas, rota
la vieja espada en la contienda grande,
la frente hundida en la tiniebla oscura,
¡mas no ha muerto el Perú! que la derrota
germen es en los pueblos varoniles
de redención futura, —
y entonces cuando llegue,
para su suelo la estación propicia
del trabajo que cura y regenera
y brille al fin el sol de la justicia
tras largos días de vergüenza y lloro,
el rojo manto que a su espalda flota
las mieses bordarán con flores de oro!

¡Bolivia! la heredera del gigante
nacido al pie del Avila,
su genio inquieto y su valor constante
tiene para las luchas de la vida;
sueña en batallas hoy, pero no importa,
sueña también en anchos horizontes
en que en vez de cureñas y cañones
sienta rodar la audaz locomotora
cortando valles y escalando montes!
Y Chile, el vencedor, fuerte en la guerra,
pero más fuerte en el trabajo, vuelve
a colgar en el techo
las vengadoras armas, convencido
de que es estéril siempre la victoria
de la fuerza brutal sobre el derecho!
El Uruguay que combatiendo entrega
su seno a las caricias del progreso.
El Brasil que recibe
del mar Atlante el estruendoso beso
y a quien sólo le falta
el ser más libre, para ser más grande,
y la región bendita!
¡Sublime desposada de la gloria!
¡Que baña el Plata y que limita el Ande!

¡ De pie para cantarla ! que es la patria,
la patria bendecida,
siempre en pos de sublimes ideales,
el pueblo joven que arrulló en la cuna

el rumor de los himnos inmortales!
Y que hoy llama al festín de su opulencia
a cuantos rinden culto
a la sagrada libertad, hermana
del arte, del progreso y de la ciencia, —
¡la patria! que ensanchó sus horizontes
rompiendo las barreras
que en otrora su espíritu aterraron,
y a cuyo paso en los nevados montes
del Génesis los ecos despertaron!
¡La patria! que olvidada
de la civil querella, arrojó lejos
el fratricida acero
y que lleva orgullosa
la corona de espigas en la frente,
menos pesada que el laurel guerrero !
¡La patria! en ella cabe
cuanto de grande el pensamiento alcanza,
en ella el sol de redención se enciende,
ella al encuentro del futuro avanza,
y su mano, del Plata desbordante
la inmensa copa a las naciones tiende!

IX

¡Ámbito inmenso, abierto
de la latina raza al hondo anhelo!
¡El mar, el mar gigante, la montaña
en eterno coloquio con el cielo . . .
y más allá el desierto!
Acá ríos que corren desbordados,
allí valles que ondean
como ríos eternos de verdura,
los bosques a los bosques enlazados,
do quier la libertad, do quier la vida
palpitando en el aire, en la pradera
y en explosión magnífica encendida!

¡Atlántida encantada
que Platón presintió! promesa de oro
del porvenir humano. — Reservado
a la raza fecunda,
cuyo seno engendró para la historia
los Césares del genio y de la espada, —
aquí va a realizar lo que no pudo

del mundo antiguo en los escombros yertos,
la más bella visión de sus visiones!
¡Al himno colosal de los desiertos
la eterna comunión de las naciones!

LA CREACIÓN (ANDRADE)

Oh! ¡cuánta rica inmensidad de vida
Dios aquí para el hombre ha derramado!
¡Cuánta savia de fuego hay encendida
en cada átomo vil de lo creado!

¡Magnífica, inmortal naturaleza!
La creación maravillosa y santa,
deslumbrante de luz y de grandeza,
digno templo del hombre se levanta!

Hierbas y fuentes, pájaros y flores,
astros, espacios, horizontes, cielos,
todo bullendo en gérmenes de amores
se abre a la vida con latente anhelo.

Es algo de fantástico en lo bello,
algo de misterioso en lo que inspira;
de los ojos de Dios es un destello,
que Dios alumbra cuanto toca y mira.

Todo es aroma lo que el aire lleva,
todo es vigor la tierra fecundada,
y una armonía sin igual se eleva
por el conjunto universal formada.

Soplo de amor el mundo fecundiza,
cada germen que vive lo pregona,
y el amor que en el mundo se entroniza
la tierra con los cielos eslabona.

Todo en él se confunde y se complica,
amor la brisa de los bosques trae,
y el amor que los aires purifica
en gotas de agua de las nubes caen.

¡Dios es amor! su espíritu fecundo
en gérmenes de vida se derrama,

y en sus espacios el inmenso mundo
con orgullo inefable lo proclama.

El habla en el murmullo de los ríos,
en las brisas de montes y jardines,
en el rumor de sótanos sombríos
y en el eco fugaz de los confines.

El al centro los átomos enlaza,
en los cuerpos la savia distribuye ;
y es quien al vasto continente abraza
en ese mar que eternamente fluye.

Dios manda a todo que se estreche y ame,
la perfección en el amor buscando,
y en corrientes de savia se derrame
fuerza y vida del amor sacando.

Al nacer de la tierra transformada
Eva y Adán su esencia recibieron ;
amor divino fecundó la nada
y un soplo de ese amor sus almas fueron.

Y es para ellos cuanto ven y existe,
cuanto la vasta inmensidad encierra,
cuanto la luz con su destello viste
astros, flores y cielos, mar y tierra.

Dios a todo le presta ser y nombre
y el centro es EL de todo lo que crea,
su esencia tiene la mujer y el hombre:
Dios es luz y es amor. ¡Bendito sea!

DIOS

¡Vuestro es el mundo: recorred su anchura!
Serás, Adán, el rey de lo creado;
y Eva, mi hermosa, mi mejor hechura,
el ángel bello que tendrás al lado !

Os doy el alma a la materia unida,
y en nombre de mi amor os hago esposos ;
ambos en ambos completad la vida,
y amaos siempre para ser dichosos.

Pero el secreto del placer vedado,
saber no intente vuestro ciego antojo. . .

¡Si traspasáis el límite marcado,
temed los rayos de mi justo enojo!

ADÁN

¡Qué hermosa eres, mi Eva! ¡qué dulzura
se desprende en la luz de tu mirada!
¡La mirada de un ángel no es tan pura
ni arroba tanto el alma enajenada!

Deja, mi ángel, que "mi bien" te llame,
mi delicia, mi amor, mi poesía;
¿no oyes que Dios nos manda que yo te ame
y que me ames también, hermosa mía?

¡Oh! y aunque Dios mandado no lo hubiera,
con todo el corazón ¡ay! yo te amara ;
¿y quién, hermosa mía, que te viera
en tus ojos de amor no se abrasara?

EVA

Sí, tú me amas, porque tu alma es mía,
y yo te amo con el alma entera;
si no me amaras tú, yo lloraría,
mas si yo no te amara, me muriera.

Cuando mi ser en forma se animaba,
era el amor lo que vivir me hacía:
yo sentía naciendo que te amaba
y sin mirarte aún te conocía.

Mi ser es de tu ser la mejor parte
transformada en purísimo idealismo ;
¿cómo no amarte, Adán, cómo no amarte
cuando yo soy la esencia de ti mismo?

ADÁN

Mira: yo el mundo contemplaba ansioso,
arrebato por su augusta calma,
y sólo en él sentíame orgulloso,
y se ensanchaba en el placer mi alma.

Todo era luz, perfumes y belleza,
todo risueño en mi redor cantaba,
y embriagado yo mismo en mi grandeza,
nada más, nada más ambicionaba.

¡Pero te vi! y el mundo tan divino,
que deslumbraba mi razón oscura,
harto humillado lo encontré y mezquino
ante el puro esplendor de tu hermosura.

Que no vale la luz purificada
ni el embriagante aroma de la brisa
lo que vale la luz de tu mirada
y el aliento que exhala tu sonrisa.
Por admirarte a tí todo se agita
sonriendo en los espacios dilatados:
y el mismo sol sus rayos debilita
para no herir tus miembros delicados.

EVA

Yo, Adán, del bello mundo no vi nada,
que mis ojos se abrieron a mirarte;
nací a tu lado para ti creada
y comencé mi vida con amarte.

No sé si el mundo colma mi deseo
la creación mirando tan hermosa,
yo sólo sé, mi Adán, que a ti te veo
y eso me basta para ser dichosa.

ADÁN

¡Oh! qué dulce es tu voz, amada mía,
como la voz de Dios suena en mi oído ;
¿qué más al hombre regalar podría
cuando al crearte EL mismo se ha excedido?

EVA

Vivamos, pues, sin fin, enamorados,
tu voz a mis amores respondiendo,
tus ojos en mis ojos reposados,
un ser en otro ser repercutiendo.

EL MAL

¿Y nada, nada más, pobres amantes?
¿Qué necio amor es ese que os inflama?
¿Pensáis eternizar vuestros instantes
al frío soplo de un amor sin llama?

Hay otro mundo más, hay otra vida,
iluminada en luz resplandeciente,

que en esa llama incógnita prendida
sus puertas abre al corazón ardiente.

Esa es la gloria a vuestro amor vedada,
esa es la vida que tu Dios os veda,
porque vuestra alma siempre esclavizada
sus perfecciones igualar no pueda.

Sabedlo todo: para ser dichosos,
para elevaros hasta el cielo puro,

.....

y seréis como Dios en lo futuro.

EVA

¿Qué mágico poder mi sangre mueve,
que circula en magnética corriente?
¿Qué afán secreto el corazón conmueve?
¿Por qué se abrasa de calor mi frente?

¿Por qué palpita el corazón con brío,
y estremecen mi ser fuerzas extrañas?
¡Oh! ¿qué tienen tus ojos, Adán mío,
que hacen temblar de fuego mis entrañas?

ADÁN

Yo de mi seno siento los latidos,
algo que el mismo corazón ignora ;
una sed que atormenta mis sentidos,
un incógnito afán que me devora.

Ven, acércate más; cuando te miro,
quisiera respirar tu propio aliento;
beberte el alma toda en un suspiro
y hacer la eternidad de ese momento!

EVA

Tú eres el más perfecto de los seres,
tú eres la luz en que mi alma inflamo;
Adán mío, mi Adán, ¡qué hermoso eres!
Adán mío, mi Adán, ¡cuánto te amo!

Extiende, Adán, extiéndeme tus brazos
para verte más cerca, enamorada;
y hazme con ellos amorosos lazos
que me tengan por siempre aprisionada.

ADÁN

Ven y duérmete en ellos, alma mía:
por tu reposo velará tu dueño;
y un mundo verteré de poesía,
de amor y de perfumes en tu sueño.

¡Qué bien estás así! ¡con qué pureza
se modelan las líneas de tu cuello!
¡Qué bien sienta a tu mágica belleza
la profusión revuelta del cabello!

¡Qué límpida y qué dulce es tu mirada!
¡Cómo la adora el corazón vehemente!
Duerme si quieres, duérmete, mi amada,
deja en mi seno reposar tu frente.

EVA

¡Dormir! ¿y para qué? ¿para olvidarte?
No, que el sueño aletarga el sentimiento ;
¿No sabes cuánto gozo con amarte?
¿O no sientes, Adán, como yo siento?

ADÁN

¡No sé! yo siento un fuego devorante ;
siento mis venas de pasión hirviendo,
siento bullir mi sangre requemante
y en fuego inmenso el corazón latiendo.

EVA

Yo te miro, mi Adán, y a tus antojos
ciego de amor mi espíritu encadenas,
y el fuego penetrante de tus ojos
me enardece filtrándose en mis venas.

¡Estréchame a tu seno ; yo te adoro!
¡Y yo quisiera ahogarte en mi ternura!
¡Te miro y soy feliz ; y río y lloro,
y resistir no puedo a mi locura!

.....
.....
.....
.....

Y los dos extasiados se miraban,
los ojos en los ojos encendidos;
sonreían los dos y suspiraban
y el placer embargaba sus sentidos.

Adán, de dicha y de placer temblando,
con aliento de fuego respiraba,
y a Eva entre sus brazos enlazando
con infinito amor la contemplaba.

Eva, abrasada por su llama ardiente,
ya en dulce languidez se estremecía,
ya inclinaba tiernísima la frente,
ya extática ante Adán permanecía.

Y de repente, convulsiva, loca,
en la emoción de férvido embeleso,
en la boca de Adán clavó su boca
y se dieron los dos el primer beso.

¡Beso inmenso de amor! todos lo oyeron ;
de armonía los aires se poblaron,
los cielos de placer se estremecieron
y de envidia los ángeles lloraron.

LA FLOR DE MI ESPERANZA (ANDRADE)

Yo diviso rodando marchita
sin aroma la cándida flor
que furioso huracán precipita
resonando con triste fragor.

De mi seno se lleva la calma,
mis ensueños de gloria, de paz,
y en lugar de la dicha del alma,
solo queda un recuerdo fugaz.

En un tiempo que huyó presuroso
como el eco de triste canción,
levantando su cáliz precioso
parecía celeste visión.

Era hermosa cual nítida estrella,
que refleja su plácida luz,
cuando sola la luna descuella
de la noche en el negro capuz.

Su fragancia divina brindaba
conmovida por mágico ambiente,
y al mirarla un suspiro lanzaba
con mi llanto regando su frente.

Pero pronto el impulso violento
del terrible fatal aquilón,
sin piedad destrozó en un momento
de mi sueños la dulce ilusión.

Y nos sigue un conforme destino :
yo doblego mi altiva cerviz,
ella pierde su aroma divina,
su precioso, variado matiz.

¡Cuán sensible es el ver marchitarse
de ferviente esperanza la flor,
y en la vida fugaz deslizarse
por abismos de luto y horror!

(Uruguay, 13 de octubre de 1855)

LA LIBERTAD Y LA AMÉRICA

I

Aquí, donde la mano de un Dios omnipotente
talló para su gloria gigante pedestal;
aquí donde levantan salvaje y elocuente
las ondas y el desierto, las brisas y el torrente,
en nubes de armonías, un himno colosal ;

Aquí, donde los pechos de una creación gigante
esperan nuevas razas que manen su vigor;
aquí donde recorren su eclíptica brillante,
magníficos bajeles de un piélago flotante
los astros, como letras del nombre del Creador;

Aquí, donde una idea del cielo desprendida
derrama sobre un mundo su eterna claridad,
y en brazos de los tiempos la libertad se anida
como corriente eterna de inagotable vida,
donde apagar pudiera su sed la humanidad ;

Aquí, donde algún día vendrán las razas parias
a entrelazar sus brazos en fraternal unión,
a despertar acaso las selvas solitarias,
con el sublime acento de místicas plegarias,
cantando los esclavos su eterna redención ;

Aquí la vieja Europa con mano enflaquecida.
con la altanera audacia de la codicia vil,
quiere injertar su sangre, su sangre corrompida,
que se derrama a chorros por anchurosa herida,
en la caliente sangre de un pueblo varonil.

Y allá en la blanca cima, do el cóndor aletea,
clavar sobre los cielos su roto pabellón;
y acá sobre su espalda robusta y gigantea
colgar de sus lacayos la mísera librea,
colgar de sus esclavos la insignia de baldón.

II

¡América! desnuda los aceros,
sacude tu melena de volcanes,
que relinchen tus potros altaneros,
y que proclamen tus enojos fieros
con su potente voz los huracanes.

¡América! la muerte o la victoria,
jamás un yugo en tus pujantes hombros;
sucumbe, pero en brazos de la gloria,
y sirva de buril para tu historia
el chispeante carbón de tus escombros!

¡ América ! eras niña todavía,
allá en aquellos tiempos inmortales
cuando atónito el mundo te veía,
radiante de hermosura y gallardía
alzando por bandera tus pañales!

Entonces al calor de tu entereza
su nieve derritió la cordillera,
y el Chimborazo, que las nubes besa,
dobló bajo tu planta la cabeza
para ser pedestal de tu bandera.

Entonces al calor de tus entrañas
héroes brotaban a vengar tu ultraje,
y en el mar, en el valle, en las montañas
revocaban al león de las Españas,
que bramaba de rabia y de coraje!

III

¡América! tus ríos te ofrecen ancha copa,
la túnica del iris espléndido dosel,
las selvas seculares son pliegues de tu ropa,
en tus desiertos cabe la vanidad de Europa,
las razas del futuro te buscan en tropel.

"¡Ni siervos ni señores, ni estúpido egoísmo!"
Al universo anuncia tu gigantesca voz.
En vez de las almenas del viejo feudalismo,
con la frente en el cielo, la planta en el abismo,
levántanse los Andes para tocar a Dios!

¡América! tú eres la etapa postrimera
que en su anhelar eterno soñó la humanidad,
el astro que en tu cielo brillante reverbera
es astro de esperanzas, es sol de primavera
tras noche pavorosa de larga tempestad.

Tus Andes son el templo de cúpulas de hielo
en que después de rudo y ardiente batallar,
vendrá a colgar sus armas con religioso anhelo
la caravana humana, para elevar al cielo
el himno sacrosanto de amor y libertad.

¡América! desnuda tu espada justiciera
para cerrar el paso a la conquista vil;
soplidos de pampero sacudan tu bandera,
y suenen en las cumbres de la alta cordillera
las músicas marciales de Maipo y de Junín !

¡América! al combate, que es el postrer combate
con el sangriento y torvo fantasma colonial;
tu fuerza es el derecho que en la conciencia late.
la libertad tu escudo, y en el supremo embate
repetirán los orbes tu cántico triunfal!

LA MUJER (ANDRADE)

Solo, como la palma del desierto,
mudo, como la boca del abismo,
triste, como la noche del recuerdo,
vago, como la niebla del vacío ;
 árbol sin hojas,
 astro caído ;
tal era el hombre en la primer mañana,
sonámbulo del sueño del destino.

Efluvios de la luz fecundadora,
aromas de los gérmenes divinos,
estrofas de dulcísima salmodia,
rumores de los bosques y los ríos;
 coro inefable
 de inmensos himnos,
como un presentimiento de la gloria
brotaba alrededor de su camino.

La bruma vagorosa de los mares,
el hálito flotante del rocío,
el humo abrasador de los volcanes,
los reflejos del éter encendido,
 eran la mirra
 del regocijo,
que en el gran incensario del espacio
quemaba el universo agradecido!

Los mundos palpitaban de alborozo,
girando sin cesar en el vacío,
los cielos azulados sonreían
con la casta sonrisa de los niños ;
 ¡ hora suprema !
 ¡ santo delirio !
¡ La tierra era la virgen desposada
y el sol brillante su nupcial anillo!

Y solo, como el árbol del desierto,
mudo, como la boca del abismo,
triste, como el silencio que precede
a la hora suprema del martirio,
 roca gigante
 de un mar bravío,

el hombre se inclinaba silencioso
ante tanta grandeza confundido.

La semilla caída de la planta,
los metales que el fuego derretía,
las estrellas, eternas mariposas
volando en torno de la luz divina ;
 la luz fecunda
 de eterna vida,
inundaba los mundos virginales
en ondas de celeste melodía.

Los astros al girar en el espacio
ardiendo de amoroso desvarío,
se enviaban en sus ósculos de fuego,
de sus entrañas el caliente fluido ;
 y el hombre mudo
 como el vacío,
no entendía el lenguaje de las almas,
arropado en la sombra de sí mismo.

Dios estaba inclinado hacia la tierra,
oyendo las plegarias de los orbes,
contemplando en el vidrio de los mares
de su aureola de luz los resplandores.

Una lágrima ardiente, cristalina,
se desprendió de su pupila entonces:
gota fecunda, de fecunda vida,
que refracta la lumbre de los soles!

La tierra abrió los sudorientos labios,
entreabrieron sus pétalos las flores,
y aquella gota de la eterna aurora
fué un beso de celestes bendiciones.

Y el hombre, mudo, solitario y triste,
sintió el fuego de mágica fruición;
y vio que de su sombra se elevaba
una llama de tibio resplandor.

Era un soplo del genio de la vida,
un rayo de la eterna inspiración;
el perfume inmortal de la esperanza,
el ritmo de la luz y del amor.

Era Eva, la sonrisa de los cielos,
la nota musical de una oración,
la mujer, el compendio de lo bello,
la hija de una lágrima de Dios!

Y el hombre, mudo, solitario, triste,
balbuceó un himno de celeste amor;
y exhaló sus cadencias más sublimes,
el arpa colosal de la Creación !

LA VUELTA AL HOGAR

Todo está como era entonces:
La casa, la calle, el río,
Los árboles con sus hojas
Y las ramas con sus nidos.

Todo está, nada ha cambiado,
El horizonte es el mismo;
Lo que dicen esas brisas
Ya, otras veces, me lo han dicho.

Ondas, aves y murmullos
Son mis viejos conocidos,
Confidentes del secreto
De mis primeros suspiros.

Bajo aquel sauce que moja
Su cabellera en el río,
Largas horas he pasado
A solas con mis delirios.

Las hojas de esas achiras
Eran el tosco abanico,
Que refrescaba mi frente
Y humedecía mis rizos.

Un viejo tronco de ceibo
Me daba sombra y abrigo
Un ceibo que desgajaron
Los huracanes de estío.

Piadosa una enredadera
De perfumados racimos

Lo adornaba con sus flores
De pétalos amarillos.

El ceibo estaba orgulloso
Con su brillante atavío,
Era un collar de topacios
Ceñido al cuello de un indio.

Todos, aquí, me confiaban
Sus penas y sus delirios:
Con sus suspiros las hojas
Con sus murmullos el río.

¡Qué triste estaba la tarde
La última que nos vimos!
Tan solo cantaba un ave
En el ramaje florido.

Era un zorzal que entonaba
Sus más dulcísimos himnos,
¡Pobre zorzal que venía
A despedir a un amigo!

Era el cantor de las selvas,
La imagen de mi destino,
Viajero de los espacios,
Siempre amante y fugitivo.

¡Adiós! parecían decirme
Sus melancólicos trinos;
¡Adiós, hermano en los sueños,
Adiós, inocente niño!

Yo estaba triste, muy triste,
El cielo oscuro y sombrío;
Los juncos y las achiras
Se quejaban al oírlo.

Han pasado muchos años
Desde aquel día tristísimo;
Muchos sauces han tronchado
Los huracanes bravíos.

Hoy vuelve el niño, hecho hombre,
No ya contento y tranquilo,

Con arrugas en la frente
Y el cabello emblanquecido.

Aquella alma limpia y pura
Como un raudal cristalino
Es una tumba que tiene
La lobreguez del abismo.

Aquel corazón tan noble,
Tan ardoroso y altivo
Que hallaba el mundo pequeño
A sus gigantes designios;

Es hoy un hueco poblado
De sombras que no hacen ruido
Sombras de sueños dispersos,
Como neblina de estío.

¡Ah! Todo está como entonces,
Los sauces, el cielo, el río,
Las olas, hojas de plata
Del árbol del infinito;

Sólo el niño se ha vuelto hombre,
¡Y el hombre tanto ha sufrido
Que apenas trae en el alma,
La soledad del vacío!

LAS FLORES DEL GUAYACÁN

A María

Cuenta la vieja leyenda
de una raza desgraciada,
que fué en los pasados siglos
de esta tierra soberana

raza que tuvo su historia,
pero una historia de lágrimas,
copiosa como los ríos
que bajan de sus montañas.

Historia que yo he leído
con el alma desgarrada

en las rocas y en los árboles
de los valles de mi patria.

Que allá en los lejanos bosques
donde florece la caña
y confunden sus aromas
el dátil y la guayaba.

Bosques que guardan la cuna,
como muralla sagrada,
del Paraná, cuyas ondas
besan y lavan su planta.

Hay un árbol gigantesco
de alto tronco y hojas anchas,
de que el guaycurú valiente
fabrica flexibles lanzas.

Arbol que el rayo respeta
y acarician las borrascas,
que el sol del trópico quema
con sus torrentes de lava.

Arbol que en la primavera
se viste de flores pálidas,
que airoso lleva en la frente
como guirnalda dorada.

Sabe el indio de esas flores
una leyenda fantástica,
que repite en el silencio
de las noches estrelladas.

Dice que en el rubio seno
de su corola gallarda
se anida una mariposa
de fosforescentes alas.

Habitante misterioso
que sólo han visto las auras
cuando pasan, murmurando
de las ondas la inconstancia.

Mariposa que en un día
rompe su cárcel dorada,

y va a confiar a otras flores
los secretos de su alma.

¿Qué les dice? ¿Qué les cuenta?
Sólo lo saben las auras,
confidentes de las penas
de aquella selva encantada.

Corto es su viaje, muy corto;
apenas luce sus galas,
ya siente venir sobre ella
las noches y las borrascas.

Ya va a ocultarse de nuevo
bajo las rastreras plantas,
dejando a la selva atónita
el recuerdo de sus gracias.

Muere o vive - no se sabe, -
tal vez ni las mismas auras
con sus coloquios dulcísimos
se atreven a despertarla.

Pero un día se alza erguido
el "guayacán" de hojas anchas,
del polvo que aquel insecto
fecundizó con sus alas.

Preciosa historia a fe mía,
historia de amor y lágrimas
que merece acompañarse
con los acordes del arpa.

Es la historia, hija querida,
llena de inocente gracia,
de la mujer en el mundo
de mil peligros cercada.

De la mujer en el mundo,
de la pasión la borrasca,
¡ay! si la lluvia del llanto
viene a humedecer sus alas.

Su vida es corta, muy corta,
luce un instante sus galas
y derrama en los espacios
el aroma de su alma.

Pero su destino es grande,
aunque se oculte ignorada:
¡fecundar con sus virtudes
de la familia la planta!

LAS IDEAS

Surge a veces en el llano,
y en la loma a veces brota,
susurrando mansamente
como de una arteria rota
cristalino manantial.

Manantial inagotable
cuya linfa fresca y pura
se desliza misteriosa
bajo arcadas de verdura,
como sierpe de cristal.

Danle sombra con sus ramas
los arbustos de la orilla,
y despliega ante sus plantas
la balsámica gramilla
su magnífico tapiz.

Ya se vuelca en un ribazo,
ya se arrastra en una hondura,
ya parece desde lejos
en la faz de la llanura
misteriosa cicatriz.

Pero avanza, siempre avanza,
deja el llano, cruza el monte,
y al murmullo de sus pasos
se va abriendo el horizonte
como el velo de un altar.

Lo saluda el ave errante,
con dulcísimos gorjeos,

y le cuenta el aura tímida
sus amantes devaneos,
a la luz crepuscular.

La onda leve se agiganta,
su rumor se torna en grito,
como el pecho en que fermenta
la ansiedad del infinito,
la inquietud del provenir.

Y creciendo y avanzando,
el raudal se torna en río,
y va el río tumultuoso
impertérrito y sombrío
con el mar a combatir!

Así nacen las ideas,
manantiales de onda pura,
las ideas que no tienen
más escudo ni armadura
que el escudo de la fe.

Pero avanzan silenciosas,
se retuercen, forcejean,
y se allana las montañas
y los páramos chispean
a los golpes de su pie!

(18 de Julio de 1874)

LOS POLLITOS

Son preciosos
mis pollitos
menuditos.
Son tan tiernos,
tan chiquitos,
tan sedosos,
tan finitos,
que en el mundo
no hay pollitos
tan bonitos.

Pían, corren,

hurgan, saltan,
buscan, chillan,
vienen, van,
se pelean
como locos
por un pedazo
de pan.

La señora
doña Clueca
los vigila
sin cesar.
Los defiende
de los gatos
y los saca
a pasear.

Son tan tiernos,
tan chiquitos,
tan sedosos,
tan finitos,
que en el mundo
no hay pollitos
más graciosos
más bonitos
que mis pollos
menuditos.

MI PATRIA

(Al General Urquiza)

Aun otra vez callada, lira mía,
Aun otra vez el himno de los bravos
Turbe el silencio de la noche umbría
Y hiele el corazón de los esclavos.
-E. Gil.

Mil vientos contrarios azoten mi frente :
no quiero ese vago murmurio doliente
del aura que mece mi pálida sien.
Y unidas al ronco bramido del trueno
se agiten soberbias del Plata sereno
las trémulas olas en rudo vaivén.

Yo entonces, batiendo cual cóndor las alas,
veré de mi Patria las mágicas galas
cediendo al impulso de noble ambición.
Y hollando del Andes la frente de hielo,
que cubre la niebla cual cárdeno velo,
veré las señales del patrio pendón.

Allí es el columpio del águila inquieta
que sube atrevida, cual joven poeta,
buscando los rayos de luz celestial.
Allí se distingue la huella gloriosa
de un pueblo de libres que alzó victoriosa
la patria bandera con gloria inmortal.

Allí, resonando por cóncava grieta,
se oyó de un guerrero la voz de profeta
gritando : ¡soldados, vencer o morir!
Y al verlo, entusiastas los hijos de Mayo,
lanzando sus potros, rivales del rayo,
supieron cual siempre vencer en la lid.

Después, remontando mi vuelo atrevido,
me agite el pampero con triste silbido
rasgando celajes de niebla y vapor;
y el blanco fantasma de un sueño brillante
se meza en los aires cual nube flotante
rozando mis sienes su dulce rumor.

Que arranque del pecho salvaje armonía
cual cantan las aves en noche sombría,
cual brisa que arrulla con trémula voz.
Que tiemble convulsa del niño la frente,
soñando la gloria, diadema esplendente,
tal vez desprendida del trono de Dios.

No suenen mis cantos cual ¡ay! de venganza,
respiren tan sólo de paz y esperanza
los dulces aromas, el grato placer.
Ya basta de sangre, de duelo y de llanto,
y alzar no quisiera jamás ese manto
que cubre a mi vista los hechos de ayer.

Yo, joven nacido con alma de fuego,
levanto a los cielos mi férvido ruego
mecido en las alas de un sueño de amor;

y ahogando un instante mi ardiente suspiro,
repita mi acento con trémulo giro:
"¡Del pueblo de Mayo seré trovador!"

- - - - -

Se agitan, cual las olas de un mar embravecido,
del mundo las naciones, en débil pedestal ;
ya tiembla su cimiento mil veces carcomido,
va rompe sus murallas furioso vendaval.

Del Cáucaso y del Andes las moles de granito
¿no veis que se desploman con ruido atronador?
La humanidad entera, con espantoso grito,
dirige sus miradas al trono del Señor.

Relámpagos de fuego, confuso remolino
semejan los horrores del cráter de un volcán;
se para sobre el mundo la mano del destino,
sus alas desplegando de lava el huracán.

¿Qué es esto? ... acaso el ruido de ronco terremoto
que mueve las entrañas del orbe sin sentir,
o un rayo de las nubes en espirales roto,
que anuncia a los mortales sangriento porvenir?

No : es la lucha a muerte de un siglo en agonía
con otro que se ostenta con noble majestad,
mostrándole a los hombres, como la luz del día,
sus leyes, sus principios de unión y de igualdad.

Son vanos los esfuerzos, las locas convulsiones
que opone el moribundo, luchando con ardor;
que al siglo que amanece bendicen las naciones
cual astro de esperanzas, de gloria precursor.

De América los pueblos, con fuerzas de gigante,
responden a su acento gritando libertad,
cual suele a los suspiros del céfiro ondulante
los truenos sucederse de negra tempestad.

Miradlos cómo trepan al alto Chimborazo
venciendo a los sonidos del bélico clarín;
y al lánguido destello del sol en el ocaso
mirad esos guerreros... Bolívar, San Martín.

Los leones de Castilla se lanzan a los mares
cual hojas que se lleva bramando el aquilón,
y el pueblo americano, con plácidos cantares,
camina entre victorias al humo del cañón.

¿Do están los vencedores de Pavía y de Lepanto?
¿Do están los que arrasaron el trono de Boabdil?
¡Ay! huyen presurosos con indecible espanto,
dejando en Ayacucho la espada y el fusil.

¿Do están los que más tarde vencieron en Torata,
los hijos de Pelayo, terror del musulmán?
Decidme; ¿por qué temen las márgenes del Plata
los viejos veteranos de Osorio y de Tristán?

Ya un pueblo se levanta cubierto de laureles,
cual astro que colora del Avila la sien;
¿no veis como a la sombra de espléndidos doseles
se agitan las llanuras del argentino Edén?

- - - - -

Si allá en el Chimborazo, rival del Himalaya,
supieron entre nubes de bombas y metralla
los héroes de la patria clavar su pabellón,
y en vagoroso encaje de plata y esmeralda
miraron tras la niebla, cual pálida guirnalda
de gloria y esperanza, la mágica visión ;

Si alzando sus miradas al Ser Omnipotente
bajaron igualando la furia del torrente
que rueda despeñado con ímpetu veloz,
ser libres, repitiendo, y el grito sacrosanto
rasgando los vapores del azulado manto
subía hasta el alcázar magnífico de Dios, —

¿Por qué de su reposo la turba degradada
se burla pisoteando la sangre derramada
mil veces en el llano y al lado del volcán?
¿Por qué se ven de nuevo los campos de batalla,
y al brillo de la lanza, silbando la metralla,
se olvida el juramento, quizá, de Tucumán?

Callemos el recuerdo que agita nuestra mente.
Dios quiera no pronuncie mi labio balbuciente
sino de la esperanza los cánticos de paz.

Cerremos esas hojas del libro de la historia
con sangre señaladas, que empañan nuestra gloria,
no vuelvan esos tiempos de lágrimas jamás.

- - - - -

Hay épocas marcadas de Dios en los arcanos,
y envueltas en el velo de negra obscuridad;
hay horas en la vida que tiemblan los tiranos
callando estremecida la pobre humanidad.

¡Misterios insondables, abismos tenebrosos
que el hombre no se atreve jamás a penetrar!
Y en cantos de amargura, cual lúgubres sollozos,
dirige sus plegarias al trono de Jehová.

Un día de mi Patria, postrada y expirante,
miróse en las llanuras el libre pabellón,
y un héroe levantando su brazo de gigante
se alzara revelando divina inspiración.

El ángel del futuro tendió sus blancas alas,
rasgándose la bruma con súbito fragor;
los pueblos, admirados al desplegar sus galas,
soñaron un destino de gloria y esplendor.

Rodó del despotismo la espada ensangrentada,
cesaron las discordias de muerte y destrucción,
y en medio de laureles la oliva suspirada
se viera dominando los campos de Morón!

¿Quién era ese guerrero, quién era ese gigante
que admiran las naciones del mundo de Colón,
y al ruido de las armas, lanzándose arrogante,
quebró de las cadenas el último eslabón?

¡Urquiza! de la historia las hojas esplendentes
que brillan en los siglos que ruedan sin cesar,
su nombre sublimando, cual céfiros rientes,
dirán a nuestros hijos: "¡su gloria es inmortal!"

Los héroes que corrieron del Plata al Amazonas,
bordando con victorias la América, del Sud,
le ofrecen de la tumba sus mágicas coronas,
y un coro se levanta de noble gratitud.

¡ Miradlo ! cómo eleva su frente majestuosa,
cual genio que protege la paz y libertad;
¡ miradlo ! es el emblema de una época gloriosa,
blasón inmarcesible de la futura edad.

Colegio del Uruguay, Agosto 9 de 1856

VERSOS LEÍDOS POR LA SEÑORITA AGUSTINA ANDRADE
EN EL LICEO DE CONCORDIA

Tiembla la selva y al cielo envía
como las notas de una canción,
nubes de aromas y de armonía,
 blandos suspiros,
 que en dulces giros
 y en ondas mágicas
vagan del aire por la extensión!

Valles floridos, rudas colinas,
gradas gigantes de inmenso altar,
alzan en blancas, tibias neblinas,
 como las aves
 himnos suaves,
 que desarrugan
la frente torva del ancho mar.

¡ Salmo del orbe que en luz ondula !
¡ Fúlgido idioma, verbo inmortal !
Do quier palpita, do quier circula
 la voz celeste
 salmodia agreste
 que más intensa
vibra en la lira primaveral !

La flor perfumes, la hoja murmullos,
la brisa soplos, el astro luz ;
la fuente espumas, el ave arrullos,
 todo en el suelo
 siente el anhelo
 de enviar su ofrenda,
la pura ofrenda de la virtud !

¿Y el alma joven, el alma pura,
vaso elegido para el ideal,

como una estatua soberbia y muda,
sin voz ni aliento
del pensamiento,
la ofrenda mágica
a ese concierto no irá a llevar?

¡Oh! no, que es sílaba del ritmo eterno
la voz suavísima de la mujer,
y en el lenguaje sublime y tierno
del sentimiento,
sabe el acento
que hasta a las rocas
fecundas lágrimas hace verter!

¡Oh! no, que un día, tremendo día,
al pie postrada de tosca cruz
sublime ejemplo nos dio María
de fortaleza,
y en su cabeza
brilló la llama
que al mundo inunda de viva luz.

¡Oh! no, que tiene misión gigante
la que parece débil mujer,
verter a gotas de su alma amante
en el veneno
del duelo ajeno,
y en la amargura
que el hombre al hombre le da a beber!

¡Oh! no, que guarda la santa gracia
en el santuario del corazón,
y hasta en las horas de la desgracia
levanta el vuelo
con noble anhelo
y alza a los mártires
sobre las alas de la oración !

¡Oh! no, que es fuente que alienta y baña
de la esperanza la tierna flor,
es la paloma que en tierra extraña
sin luz ni galas,
bate las alas
y a los que sufren
lleva el mensaje consolador !

¡ Noble destino nos cabe, amigas !
¡ Ancho horizonte de aroma y luz !
Los sufrimientos y las fatigas,
 son sombra vana;
 todo lo allana
 el alma fuerte
con el aliento de la virtud !

Julio de 1874.

PAYSANDÚ

Invocación

¡Sombra de Paysandú! ¡Sombra gigante
que velas los despojos de la gloria!
¡Urna de las reliquias del martirio,
 espectro vengador!
¡Sombra de Paysandú! ¡lecho de muerte,
donde la libertad cayó violada!
¡Altar de los supremos sacrificios,
 santuario del valor!

¡Sombra de Paysandú! ¡Muda y airada
como en las horas del sublime trance,
cuando azotaban con sañudo embate
 tu soberbia cerviz!
Cuando formaban tu esplendente aureola
las calientes señales del suplicio, —
rojizos rastros de fecunda sangre
 de la ancha cicatriz!

¡Calvario de la santa democracia!
¡Viuda del patriotismo y la nobleza!
¡Tus vestidos de luto son tus ruinas,
 de eterna majestad!
Cuna de los guerreros de alma grande,
de las hembras de pecho varonil,
semillero de gloria y heroísmo,
 paz en tu soledad!

¡Paz a los que cayeron batallando
allá en los días de la lid tremenda!
¡Paz a los que tuvieron por mortaja

los techos de su hogar!
¡Sombra de Paysandú! ¡Templo de gloria
a cuyas aras se prosterna un mundo!
¡Visión de los supremos sacrificios,
yo te vengo a evocar!

1 DE ENERO DE 1865

Se enderezó en el lecho
de Oriente la amazona,
ciñendo sobre el cuerpo
su invulnerable arnés;
crispada la melena
se levantó la leona;
temblaron los lebreles
que aullaban, a sus pies.

Dios le infundió su aliento,
la libertad su brío,
le dio su voz tonante
rugiendo el Uruguay.
Ya reventó la furia
del huracán bravío
¡guay de la vil mesnada!
De los esclavos ¡guay!

El fuego de las iras
relampagueó en sus ojos,
lanzóse al remolino
del humo del cañón;
y en pedestal soberbio
de muertos y despojos,
apareció flameando
su blanco pabellón!

Las naves descargaron
sus bronce colosales,
revoloteó la muerte
blandiendo su segur;
graznaron de alegría
los cuervos imperiales,
gritaron los esclavos:
"¡Ya es nuestro Paysandú!"

Rasgó la nube inmensa
que fuego y muerte brota,
un rayo bendecido
de diamantina luz;
y la amazona entonces
sobre la almena rota,
gritóle a los esclavos :
"¡No es vuestro Paysandú!"

Las bombas estallaron
con hórrido estampido,
dejando tras sus huellas
sangrienta claridad;
el polvo de las ruinas
se eleva enrojecido,
y gritan los esclavos:
"¡Viva Su Majestad!"

El invisible aliento
del Dios de la victoria
llevó sobre sus alas
la densa obscuridad;
y la amazona entonces
en hombros de la gloria,
gritóle a los esclavos:
"¡Viva la libertad!"

Volvió a tronar el bronce,
tembló la dura tierra
al rebotar las bombas
del corpulento obús ;
y los hambrientos cuervos
de la traidora guerra,
de júbilo aletearon
mirando a Paysandú!

Y Paysandú, gallardo,
sereno, imperturbable,
sonreía en el tumulto
de la espantosa lid ;
y haciendo brotar chispas
de su potente sable,
ceñida de relámpagos
erguía su cerviz.

¡Allá van las famélicas legiones
como la inerme tropa al matadero!
Suena el clarín, relinchan los bridones,
y en Paysandú desnudan los campeones
de la justicia el vengador acero!

¡Allá van! ¡Como turbia marejada
que el tremendo huracán agujijonea!
La turba se aproxima alborotada,
y en vez de su bandera mancillada
se destaca el color de su librea!

¡Ya llegan! ¡al asalto! ¡a la matanza!
¡Ay de los héroes del empuje rudo!
¡Paysandú va a caer, no hay esperanza!
¡Saltó en astillas la tremenda lanza!
¡Silencio por doquier... silencio mudo!

¡Se consumó el horrendo sacrificio!
Flaqueó por fin su arrojo temerario,
no fué el destino a su valor propicio...
¡Llegó el momento del atroz suplicio!
¡El Cristo va a trepar a su Calvario!

Van a asaltar la formidable valla
donde del libre la bandera ondula...
¡No! que empiece de nuevo la batalla,
y un torrente de fuego y de metralla
contesta: "¡Paysandú no capitula!"

Cruda es la lid, sangriento el entrevero;
libres y esclavos en informe masa
caen a los golpes del tajante acero!
¡De la matanza el buitre carnicero
sobre los troncos mutilados pasa!

¡Cruda es la lid ! Como rugientes olas
que el sañudo huracán agujijonea,
las huestes de las verdes banderolas
disparan pusilámines y solas,
¡sólo se ve el color de su librea!

¡Allá van! ¡Allá van! En la humareda,
parecen bandas de nocturnas aves,
que al primer rayo de la aurora leda

vanse a ocultar temblando en la arboleda,
lanzando al aire sus gemidos graves!

¡Allá van! ¡Allá van! Bajo su planta
alas puso el pavor de la derrota ...
¡Gloria a los héroes de la lucha santa!
¡Y a los que vimos con bravura tanta
siempre de pie sobre su almena rota!

Y vuelven otra vez. Sonó el chasquido
del látigo en la espalda de los siervos...
Ya se acercan con aire compungido,
ya no lanzan su lúgubre graznido
de la matanza los hambrientos cuervos!

Ya vuelven desplegando sus banderas,
les despeja el cañón ancho camino.
y se traba la lid en las trincheras,
y vuelven a mezclarse sus hileras
en horrendo y confuso torbellino!

Sacia la muerte sus enojos fieros,
y los pendones de color de gualda
bordados de girones y agujeros,
alfombra son al pie de los guerreros
que hieren a los siervos por la espalda.

Y vuelven otra vez a las trincheras,
se acometen, se empujan, se atropellan,
y vuelven las espadas carniceras
a tronchar como mieses sus hileras,
y de matar se rompen y se mellan!

¡Inútil batallar! ¡Estéril brillo!
El blanco pabellón siempre flamea,
y los endebles muros de ladrillo
son las negras almenas de un castillo
que el sangriento relámpago clarea!

¡Inútil batallar! ¡Dios los ayuda!
¡Dios protege a los ínclitos campeones!
La libertad de un mundo los escuda.
Y sobre Paynsandú la noche muda
desplega sus sombríos pabellones!

2 DE ENERO DE 1865

El Sinai de la ley republicana,
de sus altares pedestal inerte,
el crisol en que al fuego de la muerte
sus aceros templó la Libertad!
La encamación sublime de una idea
que hizo trizas el plomo y el cuchillo,
la gigantesca hoguera cuyo brillo
no apagó la iracunda tempestad. —

Paysandú está de pie, como en otrora
al sublime tronar de los cañones ;
su sudario de escombros y tizones
se asemeja a la cresta de un volcán...
Y tranquila, serena, imperturbable,
la derruida ciudad se alza en la loma
como el ombú que en el desierto asoma,
y atropella y desgaja el huracán!

Leandro Gómez y Piris, semidioses
de la moderna edad, en la batalla
creció, creció vuestra soberbia talla,
se volvió vuestro nombre colosal;
porque el genio, el valor y la nobleza
crecen como los cedros, en la altura,
y su riego de vida y de frescura
es la saña feroz del vendaval!

¡Ah! ¡Silencio! ¡silencio! que resuena
ronco clamor, salvaje vocería;
es el festín de la traición impía,
de los esclavos la algazara atroz!
Se consumó el horrendo sacrificio,
suena en los aires estridor de muerte,
va a caer de la patria el brazo fuerte!
¡Oh! ¡Silencio, silencio... que oiga Dios!

Así debió caer la ciudad mártir,
como cayó, retando a su destino;
¡así debiste caer, cóndor andino,
en las garras del águila rapaz!
Eras el Cristo de una grande idea,
el apóstol de un dogma bendecido; —

la traición como a Cristo te ha vendido,
como a Cristo la fe te salvará!

¡Paysandú! ¡epitafio sacrosanto
escrito con la sangre de los libres!
¡Altar de los supremos sacrificios,
a tus cenizas, paz!
¡Paysandú! ¡el gran día de justicia
alborea en el cielo americano,
y, Lázaro, del fondo de tu tumba
tú te levantarás!

RELIGIÓN

(Traducción)

(A Benjamín Basualdo)

Negro pabellón de sombras
flameaba sobre la tierra,
lejos el viento rugía
como una fiera en la selva.

¡Solemne era aquel momento,
lúgubre la noche aquella!
Como teas funerarias
rutilaban las estrellas.

Hermano — me dijo entonces
su voz conmovida y trémula :—
¿Cuál es el ara en que rindes
el culto de tus creencias?

¿Cuál es el Dios a que imploran;
en la noche de las penas,
en esa noche del alma
sin horizontes ni estrellas?

Si no son rizos de espumas
de tus versos las cadencias,
si tus ardientes estrofas
no son rumor de hojas secas;

Ascuas que enfrían y apagan

las lágrimas de la niebla,
esa viuda del espacio
que llora del sol la ausencia ;

Hermano, si eres creyente;
hermano, si eres poeta,
¿dónde está el Dios de tu culto,
dónde su altar y su iglesia ? —

Y yo callaba y seguía
por entre la selva negra,
tan negra como mi alma,
profundo abismo de penas. —

También me arrodillo y oro —
le dije con voz severa, —
mirad allá cómo se abre
el pórtico de mi iglesia.

Prenden su antorcha los astros
su incienso quema la selva,
al levantarse la luna
como en su trono una reina ;

Gime la sombra y se esconde
entre las ramas inquietas,
y el arroyo somnoliento
se despierta para verla.

Dobla, hermano, la rodilla,
baja la frente altanera,
mi Dios oficia en su templo,
y esa es la hostia que se eleva

SAN MARTÍN

I

No nacen los torrentes
En ancho valle ni en gentil colina;
Nacen en ardua, desolada cumbre,
Y velan el cristal de sus corrientes,
Que ruedan en inquieta muchedumbre,
Vagarosos cendales de neblina.

No bajan de la altura
Con tardo paso y quejumbroso acento,
Copiando flores, retratando estrellas
En el espejo de su linfa pura,
Mientras en la lira del follaje, el viento
Murmura la canción de sus querellas.

Se derraman sin rumbo
Por ignotos y lóbregos senderos,
Caravanas del ámbito infinito,
¡Cual si quisieran sorprender al mundo
Con el fragor de sus enojos fieros,
De libertad con el potente grito!

Nació como el torrente,
En ignorada y misteriosa zona
De ríos como mares
De grandes y sublimes perspectivas,
¡Do parece escucharse en los palmares
El sollozo profundo
De las inquietas razas primitivas!

Nació como el torrente,
Rodó por larga y tenebrosa vía,
Desde el mundo naciente al mundo viejo;
Torció su curso un día,
Y entre marciales himnos de victoria,
¡Desató sobre América cautiva
Las turbulentas ondas de su gloria!

II

Cual tiembla la llanura
Cuando el torrente surge en la montaña,
La espléndida comarca de su cuna
Se estremeció con vibración extraña
Cuando nació el gigante de la historia;
¡Y algo como un vagido,
Flotó sobre las mudas soledades
En las alas del viento conducido!

Lo oyó la tribu errante
Y detuvo su paso en la pradera;
Vibró, como una nota,

De la selva en las bóvedas sombrías,
Flébil nota de místicos cantares,
Y el Uruguay se revolvió al oírla,
En su lecho de rocas seculares.

El viejo misionero
Que en el desierto inmensurable abría
Con el hacha y la cruz vasto sendero,
¡Tembló herido aquel día,
De indefinible espanto,
Cual si sentido hubiese en la espesura
El eco funeral del bronce santo!

El soldado español creyó que oía
Cavernoso fragor de muchedumbre;
Que los lejanos bosques, que ostentaban
Sobre el móvil ramaje
El áureo polvo de la hirviente lumbre
Del sol en el ocaso,
¡Eran negras legiones de guerreros,
Que con acorde y silencioso paso
De las altas almenas descendían
Chispeando los aceros!

¡Presentimiento informe del futuro!
¡Voz celeste que anima en la batalla
Al esclavo que lucha moribundo,
Y al opresor desmaya!
¡Pavorosa visión, habitadora
De los viejos derruidos monumentos,
Que guardan de los siglos la memoria,
Y que anuncia a los siglos venideros
Los grandes cataclismos de la historia!

Aquella voz decía:
«Ya nació el salvador, ¡raza oprimida!
Ya nació el vengador, ¡raza opresora!
Ya la nube del rayo justiciero,
Asciende al horizonte rugidora,
Y se alza el brazo airado,
Que va a rasgar el libro de las leyes
De la conquista fiera,
¡Y a azotar con el cetro de sus reyes
El rostro de la España aventurera!»

III

Dejó su nido el águila temprano,
¡Ansiaba luz, espacio, tempestades,
Playas agrestes y nevados montes
Para ensayar su vuelo soberano!
Buscaba un astro nuevo
Perdido en los nublados horizontes,
¡Y fue en su afán gigante
A preguntar por él al Oceano!

¿Qué se dirán a solas
El águila de América arrogante,
Mojando el ala en las hurañas olas,
Y el hosco mar Atlante,
De la alta noche en la quietud sagrada,
Y al rumor de la playa estremecida,
Escuchando en la atmósfera callada
Rodar el mundo y palpitar la vida?

Acaso el Oceano
Le repitió al oído los cantares
De aquel errante cisne lusitano
Que estremeció con su dolor los mares;
O le dijo más bajo,
Con ademán profético y severo:
¡Allá! ¡Tengo guardada,
De mi imperio en el límite postrero,
Como una nave misteriosa anclada,
La roca en que en tiempo venidero
Otra águila caudal va a ser atada!

No detuvo su vuelo
El águila de América arrogante;
Iba buscando en extranjero cielo
La estrella fulgurante
Que soñaba en el nido solitario
De la selva uruguayana,
Y fue a posarse un día
Del mar hesperio en la sonora playa.

Tronaba por los montes
De la guerrera tempestad la saña,
Y vio flotar al viento,
Sobre la débil indefensa España,
¡De la conquista el pabellón sangriento!

Y el ave americana
Soltó de nuevo el turbulento vuelo,
Cruzando rauda la extensión vacía
¡Y fue a buscar al águila francesa
Entre el estruendo de la lid bravía!

Bailén la vio severa
Entre el tropel de la legión bizarra
Que el suelo de la Patria defendía;
¡Y la marca sangrienta de su garra
Quedó estampada en la imperial bandera
Conocida de valles y montañas,
Que las lindes de un mundo había borrado
Sembrando glorias y abortando hazañas!

Mas no era aquel el astro que buscaba:
No era el rojizo sol de Andalucía,
El sol de los ensueños
Que con afán inquieto perseguía.
Allí un pueblo esforzado reluchaba
En la alta sierra y la llanura amena
Por sacudir el extranjero yugo,
Para amarrar de nuevo a su garganta
De los antiguos amos la cadena.—

¡Volvió a tender el vuelo,
Cargada de laureles
Y entristecida el águila arrogante!
Buscaba por doquier pueblos libres,
Y hallaba por doquiera pueblos fieles.—
Hasta que al fin un día,
Vio levantarse en el confín lejano
Del patrio río en que dejó su nido
De libertad el astro soberano,
¡De libertad el astro bendecido!

IV

Un mundo despertaba
Del sueño de la negra servidumbre,
Profunda noche de mortal sosiego,
Con la sorda inquietud de la marea.—
Y en la celeste cumbre,
Las estrellas del trópico encendían

Sus fantásticas flámulas de fuego
Para alumbrar la lucha gigantea.–

Un mundo levantaba
La desgarrada frente pensativa
Del profundo sepulcro de su historia,
Y una raza cautiva
Llamaba al Salvador con hondo acento;
Y el Salvador le contestó lanzando
El resonante grito de victoria
Entre el feroz tumulto de las olas
Del Paraná irritado,
Al sentirse oprimido por las quillas
De las guerreras naves españolas.–

¡Fue un soplo la batalla!
Los jinetes del Plata, como el viento
Que barre sus llanuras, se estrellaron
Con empuje violento
En la muralla de templado acero;
Y se vio largo tiempo confundidas
Sobre la alta barranca,
Y entre el solemne horror de la batalla,
¡La naciente bandera azul y blanca
Y el rojo airón del pabellón ibero!

Fue la primer jornada,
Del torrente nacido en las sombrías
Florestas tropicales;
La primera iracunda marejada,
Y su rumor profundo
Llevado de onda en onda por el viento
Del Plata, al Oceano,
¡Fue a anunciar por el mundo
Que ya estaba empeñada la partida
Del porvenir humano!

V

Al pie de la montaña,
Centinela fantástico que ostenta
La armadura de siglos,
Que abolió con su masa la tormenta,
Fue a sentarse en gigante de la historia,
Taciturno y severo,

Pensando en la alta cumbre
Donde el nombre argentino a grabar iba
Con el cincel de su potente acero.

La voz que llama al águila en la altura
Y el huracán despierta en el abismo,
Es la voz de la gloria
Que llama a la ambición y al heroísmo;
Con misterioso, irresistible acento,
Aquella voz que imita
Rumores de batalla,
Murmullos de laureles en el viento,
Himnos de Ossián en la desierta playa.

Lo oyó el héroe y la oyó la hueste altiva,
Que velaba severa,
¡Soñando con la patria y con la historia,
Al pie de la gigante cordillera!
Y al sonar de los roncós atambores
Largó el cóndor atónito su presa,
Y la ruda montaña, conmovida,
Doblegó la cabeza
¡Para ser pedestal de esa bandera!

VI

¡Ya están sobre las crestas de granito
Fundidas por el rayo!
Ya tienen frente a frente el infinito:
Arriba, el cielo de esplendor cubierto;
Abajo, en los salvajes hondonados,
La soledad severa del desierto;
Y en el negro tapiz de la llanura,
Como escudos de plata abandonados,
¡Los lagos y los ríos que festonan
De la patria la regia vestidura!

¡Ya están sobre la cumbre!
Ya relincha el caballo de pelea
Y flota al viento el pabellón altivo,
¡Hinchado por el soplo de una idea!
¡Oh! ¡Qué hermosa, qué espléndida, que grande
Es la patria mirada
Desde el soberbio pedestal del Ande!
El desierto sin límites doquiera,

Oceanos de verdura en lontananza,
Mares de ondas azules a lo lejos,
Las florestas del trópico distantes,
Y las cumbres heladas
De la adusta argentina cordillera,
¡Como ejército inmóvil de gigantes!

¿En qué piensa el coloso de la historia,
De pie sobre el coloso de la tierra?
Piensa en Dios, en la Patria y en la Gloria,
En pueblos libres y en cadenas rotas;
Y con la fe del que a la lucha lleva
La palabra infalible del destino,
¡Se lanzó por las ásperas gargantas,
Y lo siguió rugiendo el torbellino!

VII

Débil barrera oponen a su empuje
Los arrogantes tercios españoles,
De Chacabuco en la empinada cuesta,
Que como roja nube centellea
Mientras el viento encadenado ruge.—
¿Quién detiene el torrente embravecido
Cuando el soplo de Dios lo agujonea?
El torrente llegó, rompió la valla,
Y se perdió veloz en la llanura;
Y al mirarlo pasar lo saludaron
Las nubes agitándose en la altura.—

¡Reguero de laureles!
Sólo una vez el sol de su bandera
Palideció con fúnebre desmayo:
Aquella ingrata noche de la historia,
Que cruzó como nube pasajera
Barrida por cien ráfagas de gloria.
Para borrar sus sombras, encendimos
Con corazas y yelmos y cañones,
En el llano de Maipo inmensa hoguera
¡A cuya luz brotaron dos naciones!

VIII

Los vientos de Oceano,
Llevaban en sus alas turbulentas
A los valles chilenos,
Mezclados al rumor de las tormentas,
Los lastimeros ecos fugitivos,
Que los sauces del Éufrates oyeron
Del arpa de los míseros cautivos.

Aun quedaba un pedazo
De tierra americana, sumergido
En la noche de error del coloniaje,
¡Para ser redimido!
Aun yacía en oscuro vasallaje
Aquel pueblo bizarro,
Que cual robles del monte despeñados
Con ímpetu sonoro,
¡Vio caer a sus Incas, derribados
De su trono de oro
Bajo el hacha sangrienta de Pizarro!

¡Sonaron otra vez los atambores!
Hinchó otra vez el viento la bandera
Que desgarró de Maipo la metralla,
Y a la voz imperiosa del guerrero,
¡Bajó la espalda el mar, como si fuera
Su bridón generoso de batalla!

IX

¡Salud al vencedor! ¡Salud al grande
Entre los grandes héroes! Exclamaban
Civiles turbas, militares greyes,
Con ardiente alborozo,
En la vieja ciudad de los Virreyes.—
Y el vencedor huía,
Con firme paso y actitud serena,
A confiar a las ondas de los mares
Los profundos secretos de su pena.—

La ingratitud, la envidia,
La sospecha cobarde, que persiguen
Como nubes tenaces,
Al sol del genio humano,
Fueron siguiendo el rastro de sus pasos
A través del Oceano,

Ansiosas de cerrarle los caminos
Del poder y la gloria,
¡Sin acordarse, ¡torpes! de cerrarle
El seguro camino de la historia!

X

¡Allá duerme el guerrero,
A la sombra de mustias alamedas
Que velan su reposo solitario!
¡Ay! No arrullan su sueño postrimero,
Como soñó en la tarde de su vida,
Los ecos de las patrias arboledas!

Allá duerme el guerrero,
De extraños vientos al rumor profundo:
Los vientos de la historia,
Que lloran las catástrofes del mundo;
Y acaso siente en la callada noche
Pasar en negra y lastimera tropa,
Fantasmas de los pueblos oprimidos,
¡Espectros de los mártires de Europa!

¡Cómo tembló la losa de su tumba
Y se agitó su sombra gigantea
Cuando sintió rugir a la distancia
El sangriento huracán de la pelea,
Y vio caer exánime a la Francia
Bajo los cascos del corcel germano
En medio del espanto de la tierra!
¡Ah! Quizá levantó la yerta mano
Para ofrecerle en el desastre inmenso,
A falta de su espada,
¡La espada de Maipú y de San Lorenzo!

XI

¡Un siglo más que pasa!
¡Una ola más del mar de las edades,
Una nueva corriente de la historia,
Que arrastra a las eternas soledades
Generaciones, sueños y quimeras!
Hace un siglo recién desde aquel día,
Fecundo día de inmortal memoria,

Cuando el lejana misteriosa zona,
¡El salvador de América nacía
A la sombra de palmas y laureles
Que no habían de bastar a su corona!

Un siglo nada más; un paso apenas
Del tortuoso sendero
Que lleva al porvenir desconocido.—
Un siglo nada más, y el grito fiero
Ya no se oye, del indio perseguido
Por la implacable fe del misionero
Y la avaricia cruel de sus señores.—
Ya ha crecido la hiedra,
De Yapeyú en los áridos escombros
Que alzan la frente airada
De la luna a los lívidos fulgores,
¡Como tremenda maldición de piedra!

La aurora de este siglo
Nació en los tenebrosos horizontes
De un inmenso desierto.—
Tribus errantes y salvajes montes,
La barbarie doquier; y el fanatismo
Fue ascendiendo, ascendiendo,
Como un rayo de luz en un abismo,
Y al bajar al ocaso,
¡Alumbran su camino
Los millares de antorchas del progreso,
Del pensamiento al resplandor divino!

Ayer, la servidumbre
Con sus sombras tristísimas de duelo,
Cadenas en los pies y en la conciencia,
¡La sombra en el espíritu y el cielo!
Hoy en la excelsa cumbre
La libertad enciende sus hogueras,
Unida en santo abrazo con la ciencia;
Los dos genios del mundo vencedores:
¡La libertad que funde las diademas,
Y la ciencia que funde los errores!

¡Milagros de la gloria!
Tu espada, San Martín, hizo el prodigio;
Ella es el lazo que une
Los extremos de un siglo ante la historia,
Y entre ellos se levanta,

Como el sol en el mar dorando espumas,
El astro brillador de tu memoria.—

¡No morirá tu nombre!
Ni dejará de resonar un día
Tu grito de batalla,
Mientras haya en los Andes una roca
Y un cóndor en su cúspide bravía.—
¡Está escrito en la cima y en la playa,
En el monte, en el valle, por doquiera
Que alcanza de Misiones al Estrecho
La sombra colosal de tu bandera!

STELLA

(traducción de Víctor Hugo)
A la orilla del mar me había dormido,
henchido el pecho de febriles ansias,
y la brisa del piélago salobre
vino a enjugar mis postrimeras lágrimas.

Abrí los ojos y miré hacia arriba,
porque creí que un ángel me besaba ;
tan tibio era el aliento de la brisa
y tan suave el murmullo de sus alas.

Y en vez del ángel que soñé bajando
a conversar a solas con mi alma,
se alzaba en el confín del horizonte
la estrella de zafir de la mañana.

Era su luz blanquísima y suave
cual de una virgen la mirada casta;
aquella estrella parecía contarme
cuitas de amor en sílabas de plata.

El cielo estaba obscuro, pero al verla
su tenebrosa faz se sonrojaba,
como amante embozado que sonrío
al acercarse a la mujer amada.

Y el mar en su lenguaje misterioso
de aquella ave celeste murmuraba,

hablando por lo bajo, temeroso
que sacudiera sus brillantes alas.

Alzó cerca de mí su húmedo cáliz,
estuche perfumado de las hadas,
la ancha flor del nenúfar y me dijo:
¡Aquella estrella fúlgida es mi hermana!

Y una voz de la estrella descendida
como un soplo de amor llegó a mi alma,
la misma voz que en mis inquietos sueños
me transmite mensajes de esperanza.

"Yo soy la piedra de oro y fuego — díjome
"que en la onda de las nubes inflamadas
"lanza Dios a la frente de la noche
"para anunciar que viene la mañana.

"Yo alumbré del Sinaí la excelsa cumbre,
"del Tajeto la cima desolada,
"en el primero, nuncio de alegría,
"en el segundo, antorcha funeraria.

"Yo iluminé la frente de los genios
"del insomnio en las horas agitadas ;
"escuché de Moisés la voz severa,
"y a Job rugir como una fiera humana!

"Yo sorprendí las pláticas del Dante
"con sus apocalípticos fantasmas,
"y en la divina lengua de la Etruria
"los místicos sollozos del Petrarca!

"¡Arriba, pensador desconocido!
"Que el ángel de la luz viene a mi espalda,
"como vendrá la libertad bendita,
"tras larga noche de miseria y lágrimas.

"¡Arriba, labrador del pensamiento!
"Cava ancho surco en la conciencia humana,
"que si lo riega tu sudor fecundo,
"dará flores y frutos de esperanza!"